



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>









CARTA

6

COLOQUIO INTERIOR

DE CRISTO NUESTRO REDENTOR
AL ALMA DEVOTA,



En que le enseña como debe
conocerse á sí misma, y como
debe agradarle y servirle
con perfeccion.

Obra útil á toda clase de perso-
nas que aspiran á la perfeccion,

COMPUESTA EN LATIN

POR EL R. P. D. JUAN

*Lanspergio monje cartujo; tra-
ducida por el de la misma ór-
den en Scala Dei, y posterior-
mente obispo de Urgel, Dn.*

Fr. Andres Capella;

y dada nuevamente á luz á
impulsos del zelo de la Con-
gregacion de PP. del Oratorio
de S. Felipe Neri de Vich.

CON LICENCIA.

POR IGNACIO VALLS. VICH 1822.

***Qui ex Deo est, verba Dei
audit.***

ADVERTENCIA

DE LOS EDITORES.

Es tan conocido el merito del R. P. F. Andres Capella piadoso cartujo, cuyos escritos propone el gran maestro de espíritu S. Francisco de Sales para ejercicio de la meditacion, que su nombre solo es el mejor elogio y recomendacion de esta traduccion, obra de su zelo, y que por hallarse entre las demas obras de aquel respetable Cartujo, no es de fácil adquisicion para todos aquellos, á quienes puede aprovechar su detenida lectura. Igual dificultad habia en leerla original con los demas escritos del autor del mismo coloquio ó carta, el venerable cartujo Juan Lanspergio que murió en Colonia en 1539 con el nombre de Justo, que su virtud le grangeó ya durante

su vida. Esto ha movido á la Congregacion del Oratorio de Vich á dar separadamente á luz dicha carta ó coloquio, deseosa de que se haga general y asequible á todos la suave y sólida doctrina, que dicha carta contiene, no dudando que sea bien recibida de cuantos desean su propio aprovechamiento espiritual, y promueven el de sus prójimos, pues que todos hallarán en este escrito excelentes documentos para adquirir la perfeccion propia de su respectivo estado, escritos con una suavidad y uncion extraordinaria, como puestos en la boca de aquel soberano Maestro de toda virtud y santidad, que al paso que nos exhorta á ser perfectos como su Padre celestial, nos asegura que su yugo es suave, y ligera la carga de sus santísimos preceptos y consejos.

PRÓLOGO

del traductor.

Luego que leí esta carta del reverendo padre don Juan Lanspergio, monje de nuestra orden, y hombre muy docto y versado en las cosas de espíritu, qual lo manifiestan sus obras, me pareció una obra muy provechosa y acabada. Porque amás de encerrar en sí una breve suma de quanto se requiere para la perfeccion, está tratado con un language muy suave y acomodado para persuadir y ganar el alma. Porque como todo es un coloquio continuado de Cristo nuestro redentor con el alma, de concilia una suma atencion, y da

grande eficacia á lo que se dice; y así me ha parecido, se daría nuestro Señor por servido, de que una doctrina tan provechosa como esta se comunicase á todos; por lo que he tomado el trabajo de traducirla en castellano, lo cual confio en el Señor no será sin provecho. En la traducción he puesto mi principal mira á trasladar el sentido del Autor, y algunas veces he quitado, añadido ó variado algunas cosas, segun me ha parecido conveniente, para su mejor inteligencia, y por tener que expresarse en castellano. Pues muchas cosas es permitido decir en latin, que puestas en nuestro idioma presentan alguna dureza, y aun pueden servir de tropiezo, especialmente en estos últimos tiempos. Ademas de esto, es conveniente advertir para los que no tienen tanto conocimiento de las cosas espirituales, que

la perfeccion de nuestra alma
consiste, segun declara el an-
gelico doctor santo Tomas, en
la union con Dios que es su
último fin y esta union es
tanto mas perfecta, quanto me-
nos medios hay entre Dios, y
el alma, siendo claro que una
cosa está tanto mas unida á otra,
quanto menos cosas hay entre
las dos. De aquí nace, segun
se repite muchas veces en este
coloquio, que para la perfec-
cion del alma se requiere, que
por lo que mira á la voluntad,
esté desnuda y libre de todas
las criaturas, y por lo que mi-
ra al entendimiento é imagina-
cion, libre tambien de toda
imagen y representacion de las
mismas criaturas, porque estas
cosas ponen medio entre el al-
ma y Dios, y así impiden su
perfecta union con él. Con de-
cir esto, no se entiende que no
se haya de amar al prójimo,
sino que ha de amarse de tal

suerte, para que el amor sea perfecto, que se amen en Dios y por Dios, y cuando se ama así, el amor del prójimo no impide la union con Dios, ni ocupa el corazon con imágenes y representaciones, que distraigan y entretengan el ánimo apartándole de Dios. Ni tampoco se quita por esto la memoria, invocacion y veneracion de los Santos, en quanto son amigos de Dios, y Dios autor de toda santidad es honrado en ellos. Cuando se dice tambien que todas las cosas se han de hacer puramente por Dios, buscando solamente su gloria, no se pretende condenar ni dar por malo, el obrar por la recompensa y premio de la gloria eterna, lo qual se puede hacer santamente: sino que se enseña la perfeccion, la qual consiste en que busquemos en todas nuestras obras la gloria del Señor principalmente, y el

cumplimiento de su santísima voluntad, y no nuestros intereses cualesquiera que sean; y aunque (como queda dicho) hemos procurado en esta traducción allanar, y quitar toda suerte de dureza y duda á estas y otras semejantes expresiones y modos de hablar, he creído deberlo advertir aquí, para que se pueda leer con mas luz así este coloquio, como otros libros espirituales, en los cuales se encuentran con frecuencia estas maneras de hablar, recibidas entre los varones espirituales, y tomadas de los sagrados Doctores de la Iglesia. No creo sea necesario advertir (pues lo entenderán todos) que este coloquio no le escribió Cristo nuestro redentor, sino que su Autor, que es el que llevamos dicho, para hacer mas agradable y provechosa la doctrina que encierra, quiso escribir como si fuese una carta que Cristo nues-

tro redentor escribe al alma,
pues que en realidad lo mis-
mo que aquí se escribe, habla
y enseña interiormente el Se-
ñor á las almas, que saben re-
cogerse en lo mas interior de
su corazon, y poniéndose á sus
pies oyen su palabra.

COLOQUELO INTERIOR
DE CRISTO CON NUESTRO REDENTOR
AL ALMA DEVOTA.

CAPÍTULO I.

Jesucristo Salvador de todos, rey del cielo y de la tierra, aparejado á recibir con abrazos de padre á todos los que con verdad desean su gracia y amistad, saludará su esposa el alma que le ama, por la cual de su voluntad se ofreció á la muerte para desposarla consigo. Hija mia muy amada, muchas veces te suelo hablar al corazon con mis secretas inspiraciones, pero tu parece que disimulas, y así viendo que no respondes á ellas, ni las sigues como yo querria, movido del amor inmenso que te tengo, he determinado escribirte, para que siquiera leyendo mis cartas recibas mi amonestacion, la cual

2
parece que menosprecias cuando interiormente (te hablo) Por que mi caridad no sufre que deje cosa alguna de las que convienen para tu salud; pues pudo tanto, que me obligó á darme á mí mismo por tí. Y aunque tú no corresponδας á mi amor, teniendo como tienes tu corazón inclinado á las cosas exteriores, y demasiadamente aficionado, y apegado á las criaturas; no puedo yo dejar de corresponder á la caridad con que te amo, que excede cualquier amor de padre, con la cual no solamente te ofrezco mi gracia y amistad, pero aun deseando tenerte por esposa, estoy aparejado para enriquecerte cada dia con mayores riquezas y tesoros, si tú quisieres. El no tener cuenta con mis visitaciones, é inspiraciones te viene de que andas muy fuera de tí, y así no sientes, ni echas de ver tu daño,

y perdición, ni te conoces á tí misma: por donde cuanto menos te lloras, tanto eres digna de ser mas llorada. ¿Qué quieres que te diga hija mía? Habías ya de ser maestra de los otros, y tu vida había de ser una reprehension de los que andan fuera de mi camino, y tu buen plor había de ser medicina para los flacos, y tus palabras habían de encender como fuego los corazones de los que te oyen; y tú estás aun detenida con las niñerías y vanidades, ocupada en cosas de poco provecho, y llena aun de tus pasiones tienes tu corazón distraído, y ocupado con las imágenes, y representaciones de las cosas transitorias. Aun vive en tí el amor propio, y si este no muere, nunca serás digna de entrar en mi talamo: y así tú que habías de enseñar á los otros, tienes necesidad de ser ense-

4
hada. No te escribo esto por
que quiera desecharte, sino pa-
raque conozcas como me das
fuera de tí, y paraque veas
tu perdicion, y el peligro en
que vives, y para despertarte,
y haber que vuelvas en tí.
Donde quiera que estuvieres,
y cualquiera cosa que hiciere,
nunca mis ojos se apartan de
tí, sino que siempre estoy mi-
rando, y escudriñando todas
tus obras y movimientos, y las
intenciones de tu corazon, y si
algo hallo en que no me seas
tan leal como debes á mí que
soy esposo tuyo fidelísimo, jas-
tamente me ofendo y enojo,
pues yo por tu salud tuve por
bien el sufrir tantos oprobri-
os, é injurias, molestias, penas,
y tormentos, no solo con gran pa-
ciencia, pero aun con gran de-
seo y voluntad. ¿ Quien, hija
mia amantísima, sufriria tales
cosas por otro, aunque le fue-
se muy amigo? Y yo siendo tú

enemiga mia, antes que me hi-
 cieses bien alguno, ni me ama-
 ses, ni conocieses, ni aun existi-
 tieses, te amé, y padecí por tí
 innumerables dolores. ¿Porque
 te apartas de mí? porque bus-
 cas alguna cosa fuera de mí?
 miserable eres, y vagabunda,
 si yo te dejo, á quien irás? si
 yo te desamparo, quien se am-
 parará de tí? si yo te falto, quien
 te ayudará? Ay, ay hija mia
 quan engañada andas: á don-
 de quiera que te vuelvas, y en
 cualquier cosa que pusieres
 tu corazon, no hallarás paz ni
 alegría verdadera, ni reposo
 fuera de mí. Tus sentidos te
 engañan, tus amadores te tra-
 en fuera de tí, y tú misma te
 echas á perder, desechando la
 medicina, y tomando con tus
 manos la ponzoña. Ay hija mia, ¡
 ay esposa mia, ¡ bien veo que
 los deleites, y regalos y las
 vanidades llevan tras sí muchas
 veces tu aficion, y te apartan

de mí; pero hija mia, acuérdate que eres mi esposa, y que tu corazon no debe amar otra cosa fuera de tu esposo, para que yo me contente de tí, y te ame: yo estoy con grande deseo esperándote: vuelve en tí, y date á la devocion, á la humildad, y al desprecio de tí misma, para que merezcas que yo te hable mas familiarmente, y te visite con mayores y mas sólidas consolaciones. Yo busco un corazon casto, y fiel, y puro, que en todas las cosas me busque á mí: yo deseo en mi esposa un amor verdadero, una devocion ferviente, y una voluntad pronta, que corra con presteza á todo lo que fuere de mi servicio, y una intencion sencilla de agradarme en todo. Yo querria ver tu corazon libre de todo amor extraño, y si de esta manera me le ofrecieses, yo le llenaria de mayores consolaciones,

y de mayores dones que tu puedes desear, pedir, y aun entender. Cuando me veo ocupada en otras cosas fuera de mí, no puedo acercarme á tí, y así deseo hallarte sola. Estoy llamando á la puerta lleno de dolores, y llagas por tí, deseando así llagado como estoy entrar en tu corazón para abrazarte, y apretarte conmigo con los brazos de mi casto y santo amor, y calentarte con el fuego que sale de mis llagas. O si me conocieses, y amases á mi esposo fuyo, sin duda no solamente me abrirías con gran presteza las puertas, pero aun me estarías aguardando con gran deseo, y cuando viniere, me recibirías, y abrazarías, y merecerías con esto gustar la consolacion verdadera de mi espíritu: desearías estar conmigo, como yo deseo estar contigo, y de aquí vendría á crecer en tí la fortaleza del espíritu, y la

dulzura del corazón, y crecerías en la confianza de mí, la cual nunca en tí será perfecta, hasta que vengas á alcanzar una entera pobreza de espíritu, con que pierdas todo vano contentamiento, y toda vana confianza de tí misma. Pero yo sé bien que es lo que te falta, y lo que te impide alcanzar tanto bien. Está tu estómago tan estragado con el amor de las cosas del mundo, y está tan lleno de frialdad, que te hace aborrecer el manjar que te ha de dar salud, que es mi palabra. Por esto no arrostras á las cosas de devoción, desechas la simplicidad, y la santa meditación se te hace trabajosa, y te parece que es perdimiento de tiempo. La afición cargada con las cosas terrenas, no puede levantarse á mí, porque aunque trabajes por levantarla, luego se vuelve á caer, y así estando, como

está, tu corazón derramado, y tu espíritu sin estabilidad y firmeza, y tu pensamiento lleno de vaneaciones, y tu afecto pegado á las cosas terrenas; las vigiliás te son amargas, y no puedes reposar ni permanecer en el recogimiento. Con todo esto te quejas porque no tienes consolaciones, y estás seca y estéril. Si esto te acaeciese sin negligencia tuya, como acontece algunas veces á mis siervos, no habria porque perturbarte; pero como te venga por tu negligencia, y pereza, no tienes que quejarte sino de tí misma. Si deseas pues mi visitación, y consolacion y union conmigo, es necesario que menosprecies, y deseches todo lo que agrada fuera de mí y te da deleite, y que te ocupes toda en mí, buscando con diligencia lo que á mí mas me agrada, y contenta, y empleando en esto todas tus fuerzas

por contentarme á mí. Si esto hicieres, sentirás muy frecuentemente mi presencia, la cual algunas veces causará en tí una embriaguez de espíritu, y una alegría de conciencia, y una paz del corazon, y un sueño profundo de la dulcísima contemplacion. O si hubieses entrado en esta bodega del vino de mi amor, qué sed tan grande tendrías de él, y con qué fervor trabajarías por poder otra y otra vez gustar de él. Pero aquí nadie puede entrar sino aquel que me desea, y ama sobre todo, á quien soy todo en todas las cosas, que no sabe hallar consolacion fuera de mí, y se tiene del todo por indigno de mi consolacion, y con un mismo ánimo recibe de mi mano lo adverso y lo prospero, á quien todo gozo fuera de mí es tormento, y cuyo corazon está todo puesto en mí, y solo en mí reposa. Estos ta-

les son amigos míos escogidos, por cuyas casas me entro muy de buena gana, sin hallar cosa que me estorbe, y con grande abundancia me les comunico, y revelo mis secretos, y los visito de muchas maneras, segun que les conviene, para despertar en ellos la devocion, y amor hácia mí. Algunas veces me les represento todo llagado, desnudo y ensangrentado, y paraque sientan mayor consolacion en su corazon, les doy á tocar mis llagas, paraque las laven, besen y abracen; cuya devocion aunque á los mundanos que no gustan de estas cosas, les parezca cosa de reir, me es á mí muy accepta y de grande provecho para ellos; de tal modo, que olvidado por entonces de los dolores que sufrí, y de los pecados de esta mi esposa, que así se compadece conmigo, estoy todo ocupado en consolarla y regalar.

la, y tengo por ganancia (aunque de nada tengo necesidad) cuando hallo tanta fidelidad en mi esposa, que me ama mas á mí que á ninguna otra cosa, y que á sí misma. Pero cuanto esta fidelidad me es acepta y agradable, tanto me es odiosa y aborrecible la ingratitud, la cual cuanto es de sí, renueva los dolores y angustias de mi pasión, pues hace que sea inútil y sin provecho, lo que yo padecí é hice por los hombres y su salud con inmensa caridad. Por tanto, cuando te viniere alguna tribulacion, ó afliccion, ya sea interior ya exterior, no recurras á las consolaciones exteriores, sino á mí principalmente, con quien debes comunicar todos tus trabajos, y angustias. No te digo que no comuniques tus cosas con tu Padre espiritual, ó con otra persona que te pueda dar consejo, antes te exhorto

á que lo hagas así, y á que te dejes regir por él sin contradicción. Pero te aviso que te guardes de hacer esto por una manera de impaciencia, ó por jactancia para que sepan lo que padeces. Las quejas que quieres tratar con los hombres, comunícamelas á mí en el silencio de la oracion, y deja en mis manos todas tus cosas, y quita de tí toda suerte de solicitud y enojo, fiate de mí, y ten paz y sosiego, que yo haré lo que te convendrá, aunque no siempre se harán las cosas segun tu gusto y voluntad. O si estuvieses acostumbrada á acudir á mí en tus angustias, y á esperar en ellas con longanimidad y paciencia en mí, sin duda sabrias por experiencia con qué entrañas de padre, y de esposo amantísimo te envío las tribulaciones para tu provecho y utilidad, y así no habria adversidad alguna de

cuántas te vieresen, que no la recibieses con grande voluntad, y aun la esperarías con grande-seo, y la estimarías en mas que el gozo y consolacion aun espiritual: y aunque de ella no resultase otro provecho para el espíritu; esto solo seria de grande alegría, y consolacion, sentir que se ha hecho en tí mi voluntad, porque al alma fiel y leal mas consolacion le da ver cumplida mi voluntad, que no su provecho, aunque nunca se hace en el alma lo que yo quiero sin gran provecho, y utilidad suya. Para guardar la paz del corazon en las adversidades, importa mucho poner delante de tus ojos lo que yo hice y padecí en mi vida, y llevarlo siempre presente, como si lo vieses, porque esto te hará dulce todo lo que de sí fuere amargo, y suave todo lo áspero. Acuérdate, pues, siempre de mi pasion, y ruégame

con continuos gemidos, que de tal manera imprima mis llagas y la memoria de mi pasion en tu corazon, que en todo lugar y tiempo me tengas presente con un ánimo lleno de compasion, en aquel modo con que estuve enclavado en la cruz, porque esta imágen quitará todas las representaciones de tu corazon, y si apartada de las cosas exteriores, y recogida en lo interior del corazon morares de esta manera contigo misma, y me estuvieres mirando como estaba crucificado, lleno de dolores, rodeado de penas, y de amarguras y como sin ser ayudado con consolacion alguna de mi Padre, daba voces diciendo: Padre mio, Padre mio, porque me habeis desamparado: inflamada con la virtud de mi pasion, concebirás un deseo ardentísimo de imitarme, y de padecer por mí, y de servirme sin consolacion alguna me-

B

nospreciada, y dejada de todos. Los que con este ánimo me sirven, y por sola y pura caridad: estan unidos conmigo, y perseveran fielmente en acercarse á mí por agradarme, y porque se haga mi voluntad en ellos, estos son fidelísimos, y escogidos amigos míos, y por mas secos y desconsolados que estén, y aunque estén cargados de tentaciones, y parezca que los he dejado y desamparado, verdaderamente son míos, porque á costa suya me sirven, y no se apartan de mí, aunque yo los azote. Pero no siempre los dejo de esta manera, porque al ver que se han desnudado de toda afición á las cosas exteriores, y que han renunciado á todo deseo de las criaturas por mi amor, y que dejándose á sí mismos se han puesto del todo en mis manos, y rendido enteramente á mi voluntad, no me puedo contener mucho, sin

que yo tambien me les dé á ellos, y los llene de mí, y los abrace, regale y consuele con mi consolacion, la cual es cien veces mejor, y mas pura y suave que ninguna de las consolaciones mundanas, que por mi amor han renunciado. Esto no lo pueden entender los que fuera de mí buscan y reciben las peregrinas consolaciones. Es muy delicada mi consolacion, y así no se da á los que admiten otras consolaciones estrañas: es muy pura, y así no se puede mezclar con la que viene de las criaturas. ¿Pero porque piensas, hija, que tantas veces te repito esto? Lo hago para hacerte prudente, vigilante y recatada, y para que no te dejes enredar de los deleites terrenos y viles, ni te olvides de mí, pues yo no me puedo olvidar de tí, aunque tu salud esté pendiente de mí, y yo ninguna necesidad tenga

de tí. Yo deseo que tú estés conmigo, y goces de mi cumplida felicidad, pero ¿porque piensas que no lo hago esto siempre, pudiéndolo hacer? Sin duda por tu bien, para que crezcas en las virtudes y en merecimientos, para tu mayor perfeccion y gloria, porque con mi gracia puedas cada momento crecer, y ser mas rica en merecimientos; por donde verás cuan locos son, y cuan dignos de ser llorados, los que gastan el tiempo preciosísimo de mi gracia, no en honra mia, y provecho suyo, sino en vivir mal para condenarse. O si supieses, cuanto puedes crecer con mi gracia cada hora en espíritu y merecimientos, cuan preciosa cosa sea el tiempo, y cuan lamentable su pérdida, sin duda trabajarías mas y procurarías con mayor diligencia, que no se te pasase ociosamente y sin provecho: al sa-

lir el sol por la mañana se despertaria en tu corazon un sumo gozo, al ver que te daba aquel dia para servirme, y para aprovecharte. Piensa pues cada hora, y dí dentro de tí: esta hora y este momento me lo da el Señor que me ama, y me ha alargado hasta ahora el plazo y tiempo de mi vida, paraque siquiera ahora comience á convertirme á él, y trabaje por agradarle. Hija mia, ten este aviso, que siempre pienses que entonces comienzas, y todo cuanto antes hubieres hecho, olvídalo. Cualquiera ocasion, ocupacion ó negocio que se te ofrezca, mira como puedas convertirle en gloria mia, y como puedas sacar de ello algun provecho para tu espíritu. Pero basta ya lo dicho. Hasta aquí te he despertado para que apartada de las cosas vanas, y cerradas las puertas de tus sentidos, te vuelvas á mí;

ahora falta que te dé una regla sobre el modo con que has de vivir piamente, y segun mi voluntad, lo cual inspirada por mí, sé que has deseado muchas veces. Porque veo que aun persevera en tí una vergüenza, con la cual, cuando oyes tus flaquezas y caidas, errores y tus negligencias, te confundes, y te dueles al ver que has tenido indignamente tanto tiempo el nombre de esposa mia. Pero pues deseas volver á mi amistad, no hay cosa que yo mas desée en tí, porque este es mi gozo con vosotros, recibir los pecadores cualesquiera que sean, en mi gracia; ¿pues cuanto mas desearé que vuelva á mí mi esposa, que andaba apartada de mí, descarriada entre las espinas y abrojos de las imperfecciones? Deséolo esto tanto, que tengo por bien de enseñarte el camino: vuelve pues á mí, y dame nueva alegría con tu vuelta.

CAPÍTULO II.

Regla de vivir segun el espíritu.

Pues comienzas, hija mia, á escucharme, y estar atenta á mis palabras, pasaré adelante, y te diré lo que yo en tí deseo. Persevera en oirme, y vuélvete á mí enteramente, aparejada para obedecerme en todo; vístete de un nuevo ánimo, y atiende á lo que de tí quiero. Cuando tus fuerzas no basten, recurre á la oración, para que por su medio, puedas alcanzar lo que te es necesario. Dí de esta manera: Libradme Señor de mis enemigos, á vos recurro; enseñadme á hacer vuestra voluntad, porque vos sois mi Dios. No me dejéis, Señor, y Dios mío; no os apartéis de mí, ni me despreciéis, Señor Dios de mi salud. Atended en mi ayuda,

Señor Dios salvador mio, veisme aquí que deseo volver á vos, llevadme tras vos, y no permitais que me aparte más de vos. Hija mia, oye ahora lo que mucho antes dije á uno de mis siervos, escríbelo en tu corazon, y guárdalo bien. Compungida calla, humilde, mansa, y serena. En estas pocas palabras he comprendido lo que te es necesario, para que lo puedas tener mejor en la memoria, y mas á menudo lo puedas rumiar. Quiero que procures darte á la santa compuncion, y al continuo trato, y conversacion interior, y que apartada y retirada de todo estés y mores contigo misma. Calle pues tu boca, y conserva puro tu corazon; seas humilde, mansa, benigna, y serena en toda tu conversacion, con quienquiera que trates. Examínate primero á tí misma, y penetra bien todo tu inte-

rior, para que puedas conocer si hay algo en tí que pueda impedir mi gracia; y que me desagrade, para que lo corrijas y te apartes de ello. Mira acerca de que cosas, y por donde eres tentada, y donde vieres que mas á menudo, y con mayor impetu te combaten las tentaciones, allí trabaja de resistir con mayor esfuerzo, y donde te sintieres mas flaca, procura aplicar allí mas eficaces remedios, trabajando por cortar y apartar de tí, en cuanto pudieres todo lo que vieres que te es ocasion de alguna ofensa, ó de que aproveches ménos. Ofreceme tu corazón limpio, libre y no inficionado con algun amor desordenado de las criaturas, ni ocupado con las cosas de este mundo, y procura estar siempre unida conmigo. Muchos háy que se quejan de no ser aptos para vivir espiritualmente, y para

la contemplacion, y tienen ellos la culpa por su negligencia y pereza, por no querer hacer violencia al hombre viejo, ni perseguir en sí sus vicios, y procurar morir á sus desordenados apetitos. Andanse halagando, tragando y disimulando sus imperfecciones, y así traen siempre una carga muy pesada de mil molestias y pesadumbres. Pero si tú me amas, no tengas paz alguna con tus vicios; corta en todos discursos, cuidados y ocupaciones sin provecho, y todo lo que no te ayudare para tu aprovechamiento, para que toda te ocupes en mí, y jamas te cuides ni entrometas sino en lo que fuere para honra mia, y provecho tuyo, ó de tu prójimo.

Y como esto me acordé de
 * * * * *
 * * * * *
 * * * * *

CAPÍTULO III.

Como se ha de morir á los deseos é inclinaciones malas.

Jamas te pares á leer ni escuchar rumores, novedades ni cuentos que provoquen á risa, ni cosa alguna de las que no ayudan á la compuncion, porque estas cosas que sirven solamente para dar deleite y recreacion al ánimo, le suelen dejar lleno de imaginaciones y deseos vanos y superfluos. Apártate, y huye de los hombres mundanos, y de cualquier familiaridad y conversacion de alguna persona, cuyas palabras y obras no te edifiquen, y mortifica en tí cualquier amor sensual de las criaturas. En lo que toca á tu comida, procura estar tan amaestrada, que no tomes más de lo necesario, y esto no por el

gusto ni deleite que en ello sientes, sino para sustentar la naturaleza, y por respeto mio, paraque no te falten las fuerzas para las cosas de mi servicio. Lo que solamente sirve para deleitar el gusto, no lo tomes, si lo puedes hacer buenamente sin ofensa alguna de la caridad del prójimo. Igualmente has de procurar echar de tí, y aborrecer toda blandura, y todo lo que es deleitable y suave á la carne, pero con discrecion y prudencia, teniendo miramiento á la caridad y á tu flaqueza, á los trabajos, y á todo lo demas que se debe considerar paraque de tal manera persigas en tí la concupiscencia de la carne, que no destruyas la naturaleza. En las cosas que son necesarias, y no se pueden tomar sin deleite, no busques en ellas el deleite, pero tómalas por respeto mio, y por obedecerme

á mí que te he encomendado el cuidado de tu cuerpo. Finalmente refrena de tal modo tus sentidos, que no se vayan tras las cosas inútiles y ociosas, y no quieras ver, ni oír, ni tocar sino lo que fuere para gloria mía, y provecho tuyo. En todo lo que el hombre sigue su propio apetito, y busca satisfacer su voluntad que lo quiere así, hay vicio é imperfeccion, aunque esto sea en los gustos y consolaciones espirituales, porque esto es buscarse á sí mismo, y es poner medio entre él y mí. No hagas pues cosa alguna por sola tu voluntad, aunque sea buena, antes procura morir á toda cosa propia, y que en todas las cosas te muevas por la pura caridad, y con purísima intencion de agradarme en todo.

CAPÍTULO IV.

De la guarda de la lengua.

Trabaja con toda diligencia y cuidado en tener refrenada tu lengua de tal manera, que no hables sino lo que fuere necesario, pensándolo primero, y esto con las ménos palabras que pudieres con modestia, y benignidad, y sin voces. Hu-ye y corta las ocasiones de hablar, cuanto puedas. Guárdate de toda palabra de detraccion ó murmuracion, deshonestidad ó de contencion y porfia, y de toda especie de donaire, liviandad y risa demasiada, y de toda palabra ociosa. Para que puedas huir del vicio de la detraccion, propon de no hablar jamas de los ausentes, sino lo que fuere cierto, y de edificacion. Ten siempre á la mano algun modo de decir con

que puedas interrumpir las pláticas de los ausentes, y mudar la conversacion antes que se pase á la detraccion. Guárdate con mucho cuidado de hablar, ni permitir que otros te hablen de aquellos que te han ofendido en algo, ó hacia los cuales no sientas un tan perfecto y entero amor, porque en semejantes conversaciones muy presto se pasa á la detraccion, porque queriendo los otros consolarte á tí, ó volver por tí, dicen algo en perjuicio del otro. Consérvate siempre cuanto pudieres en el silencio, no solo exterior, sino tambien interior, procurando que no se oiga en tu corazon algun ruido de desordenados apetitos y pasiones, ni haya inquietud alguna de aficiones é inclinaciones malas, ni andes hablando dentro de tí con las imaginaciones y fantasías de las cosas exteriores, antes procura con reposo, y

silencio, con un olvido de todas las cosas, como si estuvieses fuera de este mundo, hablar solamente contigo, y escuchar-me á mí, que te hablo en lo íntimo del corazón. No seas porfiada, ni defiendas tu parecer contenciosamente; deja á cada uno que sienta lo que le parezca, cuando vieres que no aprovecha haberle avisado con paz y sosiego. No andes tampoco disputando, y altercando dentro de tí, sino encomiéndame á mí todas las cosas, y tú vive con silencio, y paz de corazón.

CAPÍTULO V.

De la vida apartada.

Eluye la compañía y familiaridad de los hombres, y á no pedirlo la honra mia ó provecho del prójimo, está sola. En la soledad te me comuni-

caré; porque la soledad, el silencio, la pureza y simplicidad del corazon me aparejan el lugar para mí; consérvate pues apartada de todas las cosas en soledad y silencio del corazon, reprimiendo las vagueaciones, y todo deseo desordenado. La naturaleza siempre busca su consolacion, y así ó exterior, ó interiormente siempre anda buscando en qué ocuparse, que le dé recreacion, y se distrae de muchas maneras. Pero tú haz violencia á tus apetitos sensuales, y consérvate apartada de las criaturas en soledad interior, cuanto lo permitan la obediencia y caridad del prójimo. Quita toda familiaridad con los hombres, porque es grande impedimento para la vida espiritual, en la cual tanto mas aprovecharás, cuanto mas te apartares de los hombres, y de las ocupaciones. Donde quiera que estuvieres, sola, ó con

compañía, trabaja en estar interiormente conmigo, apartada de las criaturas y desapegada de tí misma. Piensa que te han dejado sola en el mundo, y que no tienes de qué tener cuidado. Trata y conversá solamente conmigo, y no cuides de escudriñar las cosas de los otros, ni te entrometas ven cosas que no te tocan. Si vienes algo de bien, edificate, y si algo de mal no lo juzgues. Las palabras, y obras y costumbres de aquellos cuyo ejemplo no te edifica, no cuides de inquirirlas, notarlas, escudriñarlas, ni juzgarlas, ni desees oírlas ni saberlas, antes bien procura ignorarlas, y si algo oyeres de ellos, en especial si es cosa con que se ofenda la caridad, ó la buena reputación del prójimo se disminuya en tí, procura apartarlo luego de tu imaginación, y memoria.

CAPÍTULO VI.

De no juzgar á nadie.

No sientas mal de nadie, y si algo vieres de malo, piensa que ha sido disposicion mia, el permitir que aquel cayese en ello, para su mayor humildad y aprovechamiento, y así no debes juzgarle ni despreciarle, sino gemir y dolerte de tu ingratitud, conociendo que mi ingracia es tal, que á tí te conserva, lo cual si te faltase, caerias mas misiblemente que ninguno de los demas. Y así dí: si este hubiese recibido la gracia que áu mí se me concede, serviria al Señor con más fervor, y le seria mas agradecido que yo. Y piensa, que tocándole ya, muy presto se corregirá, ó que está ya corregido, y por ventura es mas santo y justo que los que le

juzgan. Y así cuando vieres que no sientes bien de tu prójimo, atribúyelo á tu temeridad, y reprehéndete por ello gravemente. Mira que debajo la capa de zelo se esconde muchas veces el rencor y ódio, el desabrimiento y la envidia, y lo conocerás en que cuando hay algo, no solamente querrias reprehender los defectos, pero aun las virtudes, y lo que es bueno, se te figura malo, porque la vista del entendimiento está turbada con la pasión, y así cuando estás contra, guárdate de corregir, ni hablar, ni oír hablar de los defectos de aquel contra quien estás enojada, y mira no le lastimes, ni contristes por entonces con alguna palabra, ó con alguna señal, ni de digas algo con que le confundas, ni muestres haber notado en él cosa alguna reprehensible, especialmente como te tengo dicho,

mientras persevera en tí el descontento y amargura, y el zelo inquieto contra él, y que sientes deseos de que los demás noten su defecto, porque en esto no hay zelo de verdadera caridad, ni recta y sencilla intencion, pues si la hubiese, tendrías compasion de tu hermano, y procurarías excusar y sufrir su defecto, para que los otros no le viesen. Y si la culpa fuese muy grande, le corregirías en secreto con gran dolor de tu corazon, y rogarías por él con un corazon lleno de caridad y compasion. Hija mia, piensa en tus defectos, y en lo que te falta para ser digna esposa mia, y hazte sorda, muda y ciega para los defectos de los otros. Todo esto lo digo cuando el oficio no te obliga á mirar por los otros, y corregirlos; ni la obligacion del precepto de la correccion fraterna te estrecha.

á ello. Piensa cual estaria una doncella honesta y vergonzosa delante de un rey, de quien supiese que habia puesto los ojos en ella: y así considera como siempre, y en todo lugar estoy yo presente, y te estoy mirando. Mira pues con qué modestia, y con cuanta inocencia y reverencia debes estar delante de mí, que veo todos tus pensamientos, los deseos de tu corazon, tus intenciones, y cuanto hablas y haces. No te atrevas pues á hacer delante de mis ojos, lo que no harías delante de alguna persona de mucho respeto y santidad. Anda siempre delante de mí, y procura sentir mi presencia, y guárdame reverencia en todo lugar, y no trates ni pienses sino lo que sintieres que me agrada, y lo que te ayude para mas amarme, y reverenciarme. Tu paz no ha de estar en la boca de los hombres, ni en

que no tengas quien te contradiga, sino en la buena conciencia, y en mí. Debes mortificar el deseo desordenado que en tí sientes, de que los otros te amen y estimen. Déja á los hombres que son hombres, y sea todo tu cuidado el procurar como amándome á mí, puedas ser digna de que yo te ame. Vive con justicia acerca de tu prójimo, y ámale en mí, pero si te ama ó no, eso déjamelos á mí, y huye toda familiaridad, en especial de mugeres, si eres hombre, ó de hombres si eres muger. Si tuvieses tanto cuidado de agradarme á mí, cuanto tienes de no desagradar á los hombres, tendrías mayor alegría y gozo en tu conciencia, que si todo el mundo buscase y desease tu amistad.



CAPÍTULO VII.

De la pelea contra los vicios.

Seas fuerte y prudente para vencer y apartar de tí todo defecto, por pequeño que sea, porque si me amas perfectamente, no debes mirar como pequeña ninguna cosa que sea ofensa mia. Acuérdate de aquella tu primera caridad con que menospreciaste y dejaste tus parientes, hermanos y amigos, las riquezas, honras y lo que el mundo estima, y á tí misma por mi amor. ¿Pues cual es la causa de que ahora te vence una ligera tentacion, y te lleva tras sí un vil, y bajo apetito? Bien sabes cuan flaca y negligente eres para resistir á los vicios, y apartarte de los peligros, y huir las ocasiones de pecar, para negar tu propio juicio, y voluntad,

y para enmendar tus defectos. Renueva pues en tí un propósito firme, con que te determines á perseguir en tí toda cosa que sea viciosa, y no dar lugar por nada de este mundo, á lo que fuere contra mi voluntad, y no dejar pasar por negligencia, ninguna cosa de aquellas con que me has de agradar, ni diferirla, en especial si es cosa á que estés obligada, sino luego que deba hacerse; hazla con esfuerzo y vigilancia, fiel y devotamente. Cuando sintieres que se levanta en tí algun movimiento de ira ó deshonestidad, de soberbia, ó algun otro vicio, guárdate de proferir alguna palabra, ó dar señal de aquel vicio, antes bien procura resistir al tal movimiento, reprimirle y sufocarle en tí del todo. Es efficacísimo remedio contra cualquier genero de vicio, el postarte luego á mis pies con

profunda humildad, reconociéndote por nada, y poniendo en mí tu confianza, darme voces sin parar, orando y confesando que de mí te ha de venir el socorro para vencerle. Anímate pues, y renueva cada hora tu buen propósito, y figúrate siempre que entonces comienzas; y cuando vieres que la naturaleza se cansa de tener que pelear continuamente con los vicios, y ejercitarse en las virtudes, y que la carne se empereza y fastidia, y que anda murmurando y quejándose, debes entonces trabajar con mayor esfuerzo en mortificar tus pasiones. No te canses, ni ceses, paraque no cese el influjo de mi gracia, y te deje que vayas tras de tus intenciones y apetitos, y vengas á hallar paz y sosiego en tus vicios, cesando en tí el remordimiento de la conciencia, que es un estado miserabilísimo y

peligrosísimo. Pelea varonil-
 mente haciendo violencia á tí
 misma, y desea que á lo menos
 con el trabajo y molestia de
 la pelea (cuanto es de tu par-
 te) satisfagas á las penas y
 amarguras, que por tí sufrí en
 mi vida y muerte. No te can-
 ses, no vuelvas atras, no te
 entibies, no dejes que te ven-
 za la pusilanimidad ó la des-
 confianza; y todas las veces
 que te vieres caída de tu fer-
 vor y propósito, procura le-
 vantarte y proponer de nuevo.
 Reparo en tí una cosa que te
 daña mucho, y á mí me des-
 agrada, y es que algunas veces
 te haces pusilánime por tus
 caídas, defectos y negligencias,
 de tal manera que casi llegas
 á vacilar en el buen propósi-
 to, y á perder la confianza,
 por lo cual estás contigo mis-
 ma pensativa, y llena de tris-
 teza y afliccion, y no te vuel-
 ves á mí llamándome para que

puedas, levántate, como si ya todo lo pasado se hubiese perdido. En lo cual muestras tu soberbia, y que cuando parecía que estabas en pie, confiabas demasiado en tus fuerzas é industria, y porque no te han salido las cosas como tú confiabas, por esto te has conturbado. Yo quiero que hagas lo que puedas, y que uses de tus fuerzas é industria, pero que no pongas tu principal confianza en tí. Y entretanto que no lo hicieres así, sepas que caerás muchas veces, hasta que aprendas que todo tu esfuerzo é industria, por sí sola no es mas que una caña fragil y quebradiza, en la cual el que estriba viene á caer. Pero mi ayuda y favor es la que hace al hombre fuerte, en la cual sobre todo has de confiar. No pienses que con solo un gemido, y con una vez que hayas peleado, y te hayas hecho

violencia, has de alcanzar las virtudes y perfeccion: debes perseverar en el combate y pelear contra los vicios con profundísima humildad, y esperar con paciencia perseverando en la oracion, paraque pasado el tiempo de la pelea, merezcas recibir la corona. Y aun en esta vida, con la continua pelea, y mediante mi gracia se vendrán á disminuir los enemigos, y tú serás confortada, y lo que antes apenas acababas de echar de tí, con un soplo lo vencerás. Por lo que mirá á tus defectos, guarda esta regla, que todas las veces que cayeres en algun defecto, te vuelvas á mí sin dilacion alguna, gimiendo y llorando postrada á mis pies, y confiando en mí levántate, pesándote de lo hecho, y proponiendo de enmendarte de allí adelante con mi ayuda. Yo tengo bien conocida la general flaqueza

44
de los hombres, y en especial
la tuya, y aunque el caer nace
de la fragilidad humana, el
perseverar en el pecado es
obstinacion diabólica. Lo que
yo en tí deseo es una buena
voluntad de agradarme, porque
no hay cosa mas rica que la
buena voluntad, y cuando tu-
vieres esta, aunque te falten
las fuerzas, ó posibilidad, ó el
tiempo para hacer algo de bien,
no por esto te hagas pusiláni-
me, porque entonces me basta
la buena voluntad. Cuando tú
piensas que estás mas léjos de
mí, entonces estoy yo mas cer-
ca de tí. Cuando mas te pa-
rece que me has ofendido, que
has caído mas veces, y mas te
has apartado de mí, entonces
dame voces con mayor instan-
cia pidiéndome perdon. No
te cansen las tentaciones, sino
resístelas siempre sin dejarte
vencer. Mientras resistes, no
eres vencida, y cualquiera co,

sa que en tí sientas, si lo pades contra tu voluntad, y resistiéndolo, no tienes culpa en ello, porque yo no miro á lo que sientes, sino en que consientes. El sentir es de la carne, pero el consentir de la voluntad; á la carne y á los sentidos se puede hacer alguna fuerza, pero á la voluntad no se la puede obligar á que consienta, si ella no quiere. Dos cosas hay en la tentacion, la una es aquello de que es la tentacion, que es el pecado, y á este nunca se ha de consentir, sino aborrecerle, y resistirle: la otra es el trabajo y afficcion que se padece en el resistir, y á esto te has de resignar para sufrirlo todo el tiempo que yo lo tuviere á bien, porque á mí no me has de resistir, sino estarme siempre sujeta. Pero yo sé bien lo que te aflige, y da pena, y pues tú tienes vergüenza de decir-

lo, lo diré yo, para que confíes en mí que te remediaré, y consolaré. Fatígate la tentación de la carne, no solamente de cada día, pero aun continuamente, y te da gran molestia el haberte de resistir siempre, y por otra parte es imposible escapar libre de ella y sin pecado, sin que se pelée contra ella, y durando mucho la pelea, piensas que no es menos difícil que maravilloso el dejar de recibir alguna herida. Ciertamente es este un enemigo muy familiar, que siempre le llevas contigo, y no solamente no se te permite matarle, pero aun te ves obligada á sustentarle. Sus saetas son diferentes, y de muchas maneras hace guerra, y con gran fuerza y violencia causa ardores, movimientos feos, y torpes deleites, y sienten algunos en su carne como unas furias infernales. A esto se añaden las imaginacio-

nes, y representaciones deshonestas, y unas deleitaciones casi violentas, que parece se apoderan de todos los sentidos: más de esto es tanta la inestabilidad del corazón que algunos sienten, que casi en el mismo momento en que se ponen á resistir, parece que los arrebatan, y como olvidados de sí mismos se ponen á pensar lo que no querían. ¿Pues, entre estos combates, dices, quien se escapará? Quien se guardará limpio de culpa? Sin duda: la buena y humilde voluntad, porque á esta no se le puede hacer fuerza alguna. Cualquiera cosa que en tí sientas, entiéndete que la castidad no se pierde sino con consentimiento de la voluntad, ni puede haber pecado sin que sea voluntario. Aparta pues tu voluntad de todo lo que en tí sintieres, que por mas feas y torpes cosas que padezcas, no queriéndolas,

nada te dañarán. Clama abominando y detestando tales cosas, y dí: no quiero, no quiero, no consiento, no consiento. Vuélvete á mí con toda la fuerza que pudieres, y dí muchas veces: Señor ayúdame, piadosísimo Jesus favorecedme, pues no quiero ninguna de estas cosas: y si te acaeciere alguna cosa torpe, no te desanimes por ello, sino resiste siempre humillándote, y confiando en mí. Y ten por cierto, que mientras no hayas consentido con voluntad deliberada en alguna cosa torpe, no has perdido mi gracia ni la caridad. La angustia, y afliccion que sientes en la tentacion, es señal de no haber consentido, y esa debe consolarte, porque si hubieses consentido no sentirias esa afliccion, sino antes paz y sosiego. Pero dirás, es penoso el haber de resistir siempre, y negar á la carne lo que desea, no po-

der pensar lo que da deleite, y tener que aborrecer lo que la carne ama. Hija mia, entiende que en tí hay carne y espíritu, y lo que da deleite á la carne, causa molestia al espíritu. Si es trabajoso á la carne el hacerse violencia á sí misma, y no puede aborrecerse á sí, reine el espíritu, y sea este el que mande, y no tenga á mal el domar y enfrenar á su enemigo que es la carne. Con la costumbre de resistir, lo que al principio es trabajoso y penoso, se hace ligero y fácil, porque cuantas mas veces resistieres á tu enemigo, tanto mas fuerte te haces y él mas flaco. ¿No sabes que el reino de los cielos padece violencia, y los que saben hacérsela á sí mismos, son los que le arrebatan? Pelea pues varonilmente, que cuanto con mayor esfuerzo peleares, te será mas fácil, y ménos trabajosa

la pelea. Y ademas de esto la guerra no durará siempre, y la corona que se dará al que venciere, será eterna. Segun que la guerra hubiere sido mayor, será mas gloriosa la corona. Si siendo tentada vencieres, tu premio será doblado, y cuanto mas fueres tentada de algun vicio, si resistieres, serás mas pargada de tus pecados, Y aunque en esta guerra y pelea, en especial quando la tentacion de la carne es grave, se cometan algunos pecados veniales, que son como unas pequeñas heridas que se reciben, con todo eso la pena y trabajo que se pasa en sufrir la tentacion, y resistirla, quita la pena que se debe á los pecados veniales, y la caridad con que resistes al pecado mortal hace, que todo despues se convierta en mayor bien. No temas pues, hija mia, aunque mas dure la tentacion, perse-

vera en resistir, y si no puedes hacer que la sensualidad esté del todo sujeta á la razon, á lo ménos pelea siempre contra ella, porque esta pelea se te contará por victoria. Porque no solamente es bueno y digno de premio, el haber vencido el vicio, sí tambien el haberle resistido con todas las fuerzas, y muchas veces es mejor y mas provechoso haber sufrido mucho tiempo las tentaciones, é insultos del enemigo, y el trabajo de la pelea, especialmente cuando esto sucede por disposicion mia, y no por negligencia vuestra, que haber luego prevalecido contra él. Porque yo que soy justísimo y sapientísimo, miro el trabajo y esfuerzo de mis soldados, y aprecio mas su voluntad, que su poder, porque el poder vencer viene de mi gracia, pero el querer vencer nace de vuestro libre albedrío,

aunque no sin mi gracia y ayuda; y así aunque en lo uno y en lo otro concorra mi gracia y mi favor, pero en el querer el bien tiene mas parte el libre albedrío, que en el poderle obrar; y por esto, hija mia, yo miro mas lo que tú quieres que lo que puedes, y es justo que cuanto mas tiempo, y con mayor trabajo peleares, sea mayor tu premio en la otra vida, y en esta recibiendo mayor gracia.

CAPÍTULO VIII.

Que se ha de huir la ocasion de la tentacion.

Te has de guardar con mucha sollicitud y cuidado de que no seas tu ocasion de tentacion, y de tu caída, y para esto procura huir de todo lo que te puede ser ocasion de tentacion. Refrena las divaga-

ciones de tus sentidos, huye las familiaridades y amistades especiales de las personas (las cuales muchas veces se cubren con capa de devocion y aficion espiritual), porque suelen ser causa de graves tentaciones, de sospechas, de inquietud, de distracciones, y de aficiones desordenadas. ¿Si tu enemigo estuviese á la puerta de tu casa para quitarte la vida, le dejarías entrar? claro está que no, antes bien le cerrarías la puerta. Pues así tambien debes cerrar la puerta á las imaginaciones, pensamientos y aficiones sensuales, para que no entren en tu corazon, y me echen á mí de él. Ten tu corazon puesto en mí, y apártale de toda cosa sensual. Affige tu carne con la abstinencia, huye de toda persona, de cualquier lugar, y de cualquier otra cosa que conozcas te es causa de tentacion, y

vive con tanto recato y honestidad, y con tanto zelo de la castidad y limpieza en tí misma, que ni te atrevas á mirarte los pies, ni parte alguna del cuerpo desnuda. Echa los malos pensamientos é imaginaciones importunas con el pensamiento de mi vida y pasión, porque mis llagas tienen especial virtud para esto. Y si he dado virtud á las yerbas y piedras para curar las enfermedades corporales, cuánta mayor virtud piensas que tendrán mis llagas y mi pasión para curar las enfermedades espirituales, y para sanar y santificar las almas.

CAPÍTULO IX.

Como se han de vencer las tentaciones espirituales.

Si alguna vez fueres combatida de pensamientos feos y

torpes contra mí, ó mis Santos, y de infidelidad ó blasfemia, no te turbes ni hagas pusilánime, sino consientes; ni te congojes por confesar semejantes cosas porque mas tristeza traen consigo que deleite, y mas las padeces que las quieras. A mi esposa estas tentaciones antes la purgan, que la ensucian ni afean. Cuando el demonio ve que apartada de todas las cosas, piensas en mí, trabaja con semejantes pensamientos é imaginaciones á perturbar tu paz, é impedirte la union conmigo. Y así en el tiempo mas santo, y cuando con mas fervor te egercitas en santas obras, y mas procuras levantar tu entendimiento y unirte conmigo, con tanta mayor importunidad suelen venir algunas veces estas imaginaciones, causándolas el demonio ó el miedo que las tienes, porque cuanto mas las temes mas te

vienen: cáusalas tambien el demonio, paraque ocupándote en resistirlas, te apartes de otros ejercicios mas perfectos, ó desmayada y pusilánime, no te atrevas á acercarte á mí. Pero tú no hagas caso de estas cosas, ni cuides de hacer atento á ellas para ocuparte en resistirlas, sino desprécialas como ladridos de perrillos importunos, y con esto se te irán. Porque quanto mas querrás detenerte en resistirlas, mas las imprimirás en tu corazon y memoria, y mas te perturbarás. Procura tambien que ninguna tentacion te venza con la importunidad, porque el demonio quando no puede vencer con el deleite de la tentacion, verá de derribarte con la importunidad y largo combate. Y advierte, que las tentaciones carnales se han de vencer huyendo de las ocasiones, pero las espirituales no, sino antes

en la misma tentacion procurando hacer lo contrario de lo que la tentacion te dice, así como la soberbia se ha de vencer, no huyendo de las ocasiones de ser humillado, sino antes buscando ocasion de humillarte: la envidia, hablando y usando de caridad con aquel contra quien te sientes tentado: la pereza, ocupándote en los santos ejercicios con fervor y perseverancia.

CAPÍTULO X.

Del modo con que se ha de huir toda suerte de envidia.

Huye cuanto pudieres de la envidia. No haya nadie á quien no favorezcas. No trates de disminuir á nadie; no te prefieras, ni contristes á ninguno, alégrate de que todos sean alabados, y de la prosperidad, honra, y bien de todos. Si te

sintieres tentada de envidia hacia alguno, en uno de dichos modos, procura ser mas afable con la tal persona, y servirle en lo que pudieres, y guárdate de hablar ó oir hablar en ausencia suya cosa que sea en perjuicio suyo. Y finalmente así en las obras, como en las palabras, gestos y movimientos exteriores te debes guardar de todo lo que huela á envidia, y que nazca de esta mala raiz.

CAPÍTULO XI.

Del modo de huir la singularidad.

En la conversacion y trato con los otros no te muestres interiormente triste ó desabrido, antes bien procura mostrar un rostro sereno, para que tu conversacion no sea pesada á los demas. Guárdate de toda sin-

gularidad en quanto hiciere, y en ceremonias ó señales de devocion no necesarias, quando estuviere delante de los otros. Pero en lo que conocieres ser necesario para tu alma, como es para alcanzar las virtudes y huir los vicios, no temas el singularizarte, ni cuides de conformarte con los demas, si ves que no lo puedes hacer sin detrimento de tu salud y aprovechamiento espiritual, y aunque por esto te persigan los otros, ó hagan burla de tí, súfrelo todo con humildad y paciencia, por no apartarte de mi voluntad, que quiere tu santificacion y perfeccion.

CAPÍTULO XII.

De la devocion á la Madre del Hijo de Dios.

Has de honrar y venerar con gran devocion á mi Madre,

saludándola muy á menudo, y procurando imitar su vida y virtudes, porque yo la puse en el mundo paraque fuese egemplo de toda santidad, inocencia y pureza, y paraque fuese una singular abogada y favorecedora de los hombres, y un refugio para los que estan atribulados y afligidos, á la cual nadie tema de llamar y recurrir en cualquier necesidad. Por esto la hice tan llena de mansedumbre, tan benigna, piadosa y misericordiosa paraque no menosprecie á nadie, ni se niegue á ninguno, sino que tenga abiertas á todos las entrañas de su piedad, y no consienta que alguno se parta de ella triste, ó desconsolado. Tambien la hice graciosa, amable, y muy dulce y suave aun para los pecadores desesperados y obstinados, paraque me sea como un anzuelo y cebo para cazar y ga-

nar en especial las almas de estos tales, lo que muchas veces logro con la devocion de mi Madre, en la cual hago que sientan mucha dulzura y consuelo, y los instigo á que hagan algunas obras pias en honra suya, y que la llamen é invoquen con gran confianza, paraque de esta manera se dispongan y aparejen para mi gracia; y así tú, hija mia, encomiéndate á ella cada dia, paraque por su medio recibas mayor gracia. Porque yo la hice tesorera de mi gracia, y le encomendé todos mis hijos en la persona de san Juan, cuando estando clavado en la cruz le dije que le tomase por hijo suyo, y eso lo sabe ella muy bien, y por esto es tan diligente y cuidadosa en mirar por los hombres, no permitiendo, cuanto es de eu parte, que se pierda ninguno de cuantos á ella se encomiendan: ni hay

quien procure con mayor cuidado, sollicitud y fidelidad la salud de todos, siendo humilde, mansísima, llena de caridad, piedad y dulzura, y puede mucho conmigo, y me es muy acepta como aquella que es mi Madre. O quanto yerran aquellos, que desprecian esta tesorera mia y medianera entre los hombres y mí, como yo lo soy entre ellos, y mi Padre, por cuyas oraciones y merecimientos é intercesion he perdonado muchas veces al mundo, y dejado de castigarle; y así el apartarse de su devocion es no tener quien se ponga de por medio entre ellos y mí, y quien me vaya á la mano, y me detenga el brazo paraque no descargue contra ellos; y lo que digo de mi Madre, quiero tambien que entiendas de todos los otros Santos, y Santas del cielo, los cuales como están llenos de caridad desean y pro-

curan la salud de todos, y en especial de aquellos que se encomiendan á ellos; y como me son á mí muy aceptos, pueden mucho sus oraciones para conmigo, cuyos merecimientos tengo siempre presentes, y quiero que sean honrados y reverenciados de mis hijos en la tierra, como yo los honro en el cielo y en la tierra, haciendo muchas cosas por su intercesion y merecimientos.

CAPÍTULO XIII.

De la devocion sensible.

Sino sintieres devocion sensible, no estés triste ni omitas cosa alguna perteneciente á mi servicio, y hazlo con ánimo constante y firme aunque seco. Hay muchos que tienen muchas lagrimas y sienten gran dulzura de devocion, lo cual no los hace mas santos, antes

D

algunas veces nace esto de una blandura natural y ternura de corazon compatible con el pecado mortal. Hallarás muchos que si leen, ú oyen, referir alguna cosa de lastima de quien quiera que sea, luego les corren las lagrimas, y lo mismo hacen cuando oyen hablar de mi pasion, y como por otra parte no procuran hacer mi voluntad, es claro que aquella ternura no les nace de verdadera virtud y devocion. Y así si te faltare esta devocion sensible, procura tener la verdadera, que consiste en tener una voluntad pronta para las cosas de mi honra y servicio. Pero si la devocion sensible te falta por alguna disipacion ó liviandad tuya, ó por alguna aficion ó alegria desordenada, ó por ocuparte demasiado en las cosas terrenas, y olvidarte del recogimiento y oracion, ó por alguna soberbia, ó vana

complacencia, ó por otra culpa tuya, lo has de sentir, dolerte por ello, y enmendarte. Procura estar siempre unida conmigo con una buena voluntad, y un entendimiento puro, y no dejes cosa alguno de las que son de mi servicio, y de lo que acostumbra hacer, y sufre con paciencia, y el verte seca y sin consolacion, resignándote en mi voluntad. Y aunque en la parte sensitiva, y en el hombre exterior se levante algun movimiento desordenado, ó alguna turbacion ó pesadumbre, procura á lo ménos que el hombre interior esté siempre sujeto á mí con tranquilidad, amando y recibiendo lo que es voluntad mia.

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

CAPÍTULO XIV.

Del modo de acercarse á recibir el Santísimo Sacramento.

Cuando hubieres de acercarte á recibir el Santísimo Sacramento del Altar no seas pusilánime, aunque te sientas sin devocion sensible, y aunque estés fatigada de graves tentaciones. Porque no es necesaria la devocion sensible sino la racional, con la cual sientas como debes de este Santísimo Sacramento y le honres, adores y desees recibir para honra mia, y en hacimiento de gracias por los beneficios que de mi mano recibes continuamente, y para unirme conmigo, y estar del todo sujeta y rendida á mi voluntad. Si sintieres pues, hija mia, esta devocion, llega con dolor de tus pecados, y verdadero

propósito de la enmienda, porque no se alcanzan mis dones y gracias huyendo de mí, sino acercándote á mí, y así cuanto mas triste y desconsolada estuvieres, entonces debes acercarte mas á la confesion, y al Santísimo Sacramento para hacerte mas fuerte, mas constante y fervorosa. No te turbes, si sucediere, que quando te acercas al Santísimo Sacramento sientes un horror y espanto, ó si te parece que no puedes pasar la hostia, ó que sientes alguna amargura, ni pienses que éstas sean señales de haberte acercado indignamente, porque esto antes nace de tu pusilanimidad, y del temor excesivo que tienes, el cual causa en tí estas imaginaciones, y hace que te parezca que sientas realmente lo que temes; y si cesase en tí este temor, cesarian todas estas cosas: y aunque yo podría remediar es-

to en tí, y en otros, lo de-
 jo de hacer por vuestro provecho,
 paraque así os conserveis en
 humildad, y esté lejos de vo-
 sotros la soberbia. Seas pues
 fuerte y constante, y dejando
 toda pusilanimidad, con una
 conciencia sosegada y ánimo
 elevado á mí deséame en el
 Santísimo Sacramento, y búscame
 y recíbeme, pues soy be-
 nignísimo, clementísimo, miseri-
 cordiosísimo, amantísimo y fide-
 lísimo amador tuyo, protector, re-
 dentor y salvador tuyo. Y para-
 que me recibas con mayor reve-
 rencia, amor y deseo, entiende
 que bajo las especies de pan
 recibes mi santísimo Cuerpo,
 aquel mismo que está glorioso
 en el cielo, y juntamente mi
 Sangre, porque mi Cuerpo no
 está sin la Sangre. é igualmente
 mi alma y mi divinidad, que
 está unida al cuerpo y al al-
 ma, y toda la Santísima Tri-
 nidad, porque la una persona

no puede estar sin la otra, y así recibes al autor de tu salud y de tu felicidad. Y paraque no temieses te convido yo y te mando que me recibas, porque mis delicias son estar con los hijos de los hombres, y mi alegría es hacerles beneficios, y así estoy á la puerta de vuestro corazon, llamando para entrar y cenar con vosotros y recrearos con mi mismo Cuerpo, y esto lo hago paraque os acerqueis á mí con confianza y amor, y por ninguna turbacion os priveis de mí.

CAPÍTULO XV.

*De la discrecion y prudencia
en los ejercicios.*

Todos los ejercicios han de ser gobernados de la discrecion, paraque no te dañes en la salud, y te hagas inútil, ni pierdas los bienes mayores del

espíritu por los egercicios demasiados, y penitencias exteriores, ni por egercitarte en otras virtudes pierdas la caridad. Ten cuenta con la flaqueza de tu cuerpo, y no te consumes las fuerzas, y para esto te amonesto que te rijas por consejo de algun temeroso de Dios, ó de tu superior, y segun su parecer moderes tus egercicios. Y así si tu superior, que está en mi lugar, te mandare que no ayunes, ó que no hagas alguna otra cosa, que no sea ofensa mia obedece, y piensa que aquello es lo que más te conviene, y si por obediencia comieres muchas veces al dia, no me ofenderás con ello. Mas con todo esto ten siempre voluntad de hacer abstinencia y penitencia, si en tí estuviese, y así comiendo por obediencia tendrás doble merecimiento, lo uno por la obediencia que haces, y lo otro

por la voluntad que tienes. Busca y procura en tí, y en los otros donde quiera y cuanto pudieres, mi gloria y beneplacito. No dejes por negligencia alguna cosa que puedas hacer. Trabaja por adelantar siempre y crecer en el espíritu. Pero con todo esto guárdate de alegrarte y gloriarte en tí vanamente; antes bien debes siempre tener puestos los ojos en tu nada, y reconocerme á mí por autor de todo bien. Hay algunos que no se contentan de llevar la carga que yo les pongo, sino que indiscretamente se mortifican con abstinencias y otras penitencias, por lo cual no solo se debilitan, y hacen inhábiles para obedecerme y seguir mis inspiraciones, y para la guerra espiritual, pero aun se ven obligados á dejar los ejercicios espirituales que habian comenzado, y ocuparse en rega-

larse. Y por tanto quiero que mires por tí, y tomes alguna recreacion, no por deleite, sino para confortar la naturaleza, y hacer mi voluntad, y para ser un instrumento de mi gracia, apto para aquello en que yo quiera servirme de tí, pero dispuesta siempre á saber tener abundancia ó padecer miseria, estar sana ó enferma, segun fuere mi voluntad y yo lo ordenare. Cuando vieres que no tienes necesidad, guárdate de huir de los trabajos y molestias que yo te envíe, por impaciencia, ó poca devocion ó por amor propio; antes bien abrázalos con alegría, y llévalos con paciencia no dando quejas á nadie, sino sufriendo con longanimidad y esperándome. Déjame obrar contigo paraque mediante la tribulacion, mi gracia obre en tí, porque los trabajos que yo te envío son mucho mas provechosos que los

que tú tomas por tu voluntad. Quiero, hija mia, que estés cierta de esto, y es, que nunca permito que te venga tribulacion alguna que no sea para tu bien, si sabes resignarte en mi voluntad, y sufrir con silencio y magnanimidad esperándome, que aunque algunas veces parece que estoy ausente, jamas te pierdo de vista. Guárdate pues de desechar lo que yo te envío. Yo te gobernaré, fíate de mí y de mi providencia. Deja que yo y los otros hombres te crucifiquen, y entretanto persigue en tí los vicios y la naturaleza mal inclinada, y sufre con paciencia lo que te sucediere.

CAPÍTULO XVI.

De la conformidad con Jesucristo.

La esposa fiel debe amar tanto á su esposo, que no quie-

ra estar sin él un solo instante, y desee conformarse con él en un todo, y se alegre quando vea que se le parece en algo. Así tambien conviene que lo hagas tú, hija mia. Mira mi vida, y lo que en ella hice, y mis virtudes, y aprende aquí, que es lo que yo amo y lo que me agrada en tí, y si eres esposa fiel, ninguna cosa has de desear tanto como el contentarme á mí y conformarte conmigo. Desea pues acompañarme, donde quiera que fuere, y cualquier cosa que vieres haya yo hecho, procura imitarla, y alegrarte si se te ofreciere ocasion de conformarte conmigo en cualquiera cosa de las que yo he padecido. Esto á los principios se te hará dificultoso, por la resistencia de la naturaleza mal inclinada, pero mediante mi gracia con la buena voluntad y el continuo trabajo se te hará fácil.

CAPÍTULO XVII.

De la pobreza.

Considera pues, en primer lugar mi pobreza, y como siendo rico me hice pobre por tí; como vine á mi propia casa que es el mundo que yo crié, y mis criaturas no me recibieron, y viví peregrino y como si estuviera en tierra agena; nació en un establo estando mi Madre fuera de su tierra, entre animales; fuí reclinado en un pesebre encima de la paja; cuando mi Madre me presentó en el templo, dió por mí, ofrenda de pobres; siendo todavía niño anduve desterrado; mi Madre y mi ayo José me criaron con muchos trabajos no teniendo casa propia, y viviendo de limosna. Pasé muchas veces la noche en los montes. En mi pasión me des-

nudaron, y desnudo morí en la cruz, no teniendo una gota de agua con que apagar mi sed que era grandísima, ni con que mojar mi lengua que estaba muy seca. Después de muerto fui sepultado en un sepulcro ageno. ¿Cuántas veces en el discurso de mi vida padecí hambre, sed frío, y otras incomodidades del cuerpo? Renuncié á las consolaciones corporales, aun aquellas que muchos tienen por necesarias, sufriendo en todo falta y necesidad, y tú teniendo todas las cosas á tu voluntad, piensas que tienes pobreza, y murmuras si te falta alguna cosa aun de las superfluas. Mira pues mi pobreza, y no te entristezcas, aunque veas que otros tienen mas cosas que tú y que estan mas provistos. Si fueses perfectamente pobre te habías de avergonzar de ver otro que fuese mas pobre que tú, como

lo hacia mi siervo san Francisco, y en esto la envidia sería santa, no pesándote del bien del otro, sino de tu defecto y falta de virtud. Alégrate pues y ten por una señal muy grande de mi gracia y por don muy singular, cuando te vieres con alguna grave enfermedad, ó con mucha pobreza, ó muy abatida y menospreciada, y abrázate con mi cruz, negándote á tí misma y callando. Que te aprovecha, hija mia, haber dejado el mundo las riquezas y las honras ¿si te inquietas por un alfiler, y estás aficionada á una cosa vil de tal manera, que por poseerla ó no perderla porfias, te entristeces y pierdes la paz y caridad con tu prójimo? Determinate pues desde ahora con un ánimo muy firme á despreciar todas las cosas por mi amor, y no querer tener sino solamente lo que te fue-

re necesario, y de sufrir con gusto la pobreza y cualquier necesidad, paraque me puedas poseer á mí á quien has de amar y estimar mas que á mil mundos. Qué dudas hija mia? Qué te detienes? esfuérzate con mi egemplo, enciéndete con mi amor, anhela por la pobreza, y ama verte desposeida de todas las cosas. Esto digo en cuanto mira á tí, porque á los otros los has de tener por dignos de toda consolacion, como aquellos que son mis fieles siervos, mejores que tú que eres ingrata y miserable. Y así compadeciéndote de ellos con caridad, ayúdalos, y sírvelos en todo lo que pudieres. Piensa que todo lo que tienes es ageno, paraque ni lo poseas con demasiada afición, ni te duela el perderlo, y piensa que todo te ha sido dado para uso de los otros paraque lo comuniques de muy buena gana.

CAPÍTULO XVIII.

De la humildad.

Aborrece, hija mia, con todo el corazón las honras y gloria del mundo, y los favores de los hombres, las lisonjas y regalos, y juzga que eres una cosa ingrata é indigna, y que si yo te trataba cual mercedias, habias de ser aborrecida de todas las criaturas, y perseguida de todos, y así está siempre delante de mí pidiéndome misericordia. No confies en tí vanamente. Rídemme con lagrimas y gemidos que te dé perfecta humildad, con la cual ames no ser conocida, y ser despreciada y tenida por vil. Abraza de buena voluntad los oficios mas bajos y viles, y lo que los otros menosprecian, teniéndote por mas indigna y vil que todos. No manifies-

tes cosa de tí, de donde haya de seguirse gloria y honra, á no ser que la caridad ó necesidad te obligue á ello para gloria mia. No te jactes, ni hagas vana ostentacion de tus cosas. Guárdate de enojarte ó mostrarte triste con aquellos que te ofenden ó menosprecian; ni tengas resentimiento alguno contra ellos, antes debes admirarte de que todas las criaturas no te persiguen para tomar venganza de tí que me has ofendido á mi criador de todas las cosas.

CAPÍTULO XIX.

Como se ha de alcanzar la humildad.

Para alcanzar la humildad considera mi magestad, omnipotencia, sabiduria, y bondad; que soy eterno, inmenso, infinito, inefable, incomprehen-

ble, de quien todas las cosas tienen el ser, y que con sola mi voluntad puedo aniquilar todas las criaturas, deshacer toda la maquina del mundo, y volverle á hacer otra vez. Y con ser tanta mi magestad, no por necesidad sino por mi sola voluntad quise criaros á vosotros á imagen y semejanza mia, para comunicaros mis bienes, y haceros participantes de mi bienaventuranza, y como por el pecado hubieseis perdido mi gracia, y caido de la dignidad en que os habia criado, y os hubieseis hecho indignos de la gloria eterna, y merecedores de las penas del infierno; tuve á bien hacerme hombre por vosotros, y viviendo en este mundo treinta y tres años padecí hambre, frio, sed, calor, y muchas incomodidades, trabajos, persecuciones, desprecios, injurias, azotes, llagas, dolores, y finalmente muerte

de cruz, para redimiros de la muerte eterna. Viví, hija mia, en el mundo no como Dios, ni como aquel que soy todo poderoso, ni con gloria, sino como el mas pobre de todos, el mas vil, despreciado, dolorido y mas lleno de oprobrios que todos, hasta morir un género de muerte llena de ignominia y afrenta, la cual el mundo pensaba que yo tenia merecida, y como si así mi vida como mi doctrina fuese dañosa á todos, juzgaban que merecia ser echado del mundo, y desterrado de la memoria de los hombres, y esto en presencia de gran multitud de pueblo, que daba voces contra mí. A esta muerte corrí con grande voluntad, como embriagado de amor, cual el ciervo á las aguas. No escusé trabajos, dolores, ni penas. No rehusé cosa alguna que á tí te conviniese, amándote, y esti-

mándote tanto que deseaba con gran deseo entregar mi vida á la muerte, y mi cuerpo á las llagas, y por la ardentísima sed que tenia de tu salvacion, deseaba derramar por tí toda mi sangre, y así lo hice. ¿Pues hija mia, que es lo que tú me das por eso? Con que me pagas tanta caridad? No eres tú la que hace tantos años que me menosprecias como ingrata? Mis palabras te cansan, y fastidian mis alabanzas; traspasas mis mandamientos, y afeada por el pecado me echas de tí, desechas mis inspiraciones, y te entregas á las criaturas, abusando de mis dones, y á pesar de haberte sufrido tanto tiempo y haberte librado de la condenacion eterna que tantas veces has merecido, con todo eso me desprecias y abandonas, aunque sin mí eres vil, miserable y nada. ¿Como te atreves á mirarme habiéndome

ofendido tantas veces, y despreciado tanto tiempo? Todo esto te lo digo, hija mia, para que te conozcas. Considera cuan vil es tu cuerpo, y cuan sucia estás: cuan inmundo tienes el corazon, pues tus malas obras, torpes pensamientos, y sucias aficiones te han hecho abominable. Pero con todo esto te sufro, y no dejo de hacerte beneficios. ¿Pues hasta cuando he de sufrirte? Cuando comenzarás á conocerte? Hasta cuando has de diferir el volverte á mí? Porque no te humillas? Mira cuantas veces te he llamado, considera donde te he plantado, ¿pues cual es el fruto que me das? No miras como disimulo tus pecados é ingratitude? No digo esto por zaherirte ni avergonzarte, sino para convidarte á mi amor, y como si tuviese necesidad de tí, y no pudiese vivir sin tí, por solo mi amor y mi bondad

quiero que me ames, para que amándome conozcas quien soy yo, y quien has sido tú; lo que yo he hecho contigo; y la ingratitud de que tú has usado conmigo. Considera además de esto, que á no ser por mi gracia hubieras sido merecedora de mayores penas de las que padecen muchos que estan en el infierno, y que si ellos hubiesen recibido la gracia que á tí te he dado, hubieran sido mas agradecidos. Si consideráses todo esto, y mirases mi magestad y tu vileza, la soberbia que tú has tenido siendo tan vil, y la humildad con que siendo yo de tan infinita magestad me abatí en tal grado por tu amor, no rehusarias el humillarte. Si mirases con que pobreza, abatimiento y menosprecio yo siendo altísimo, poderosísimo, riquísimo, é infinito te serví á tí vil criatura; con igual amor

fidelidad y deseo concebieras
 en tu corazón tal reverencia á
 mi magestad, que no podría
 explicarse con palabras; y se
 te excitaria una sed insaciable
 y un ardentísimo deseo de hon-
 rarme, glorificarme y servirme
 á mí, y de sujetarte, humillar-
 te y despreciarte á tí, y de
 sufrir cualquier afrenta, des-
 precio é injurias; y por mas
 que sufrieses, te pareceria que
 era nada por el gran deseo
 que tendrias, y á los que mas
 te persiguiesen, y despreciasen
 los amarias mas porque cum-
 plian tu deseo. Si esto no
 sientes en tí, hija mia, conoce
 que eres desagradecida, y que
 estás aun muy lejos de la per-
 fecta humildad, que es una pro-
 funda inclinacion del corazón
 delante de mi magestad, de
 donde nace el menosprecio de
 sí, y el querer ser desprecia-
 do y tenido por vil. Otra vez
 te exhorto, hija mia, á que

consideres mi humildad, y tomes ejemplo de ella. Mira como el mundo despreció mi vida y doctrina, y la calumnió y reprobó. Cuantos oprobrios, burlas y menosprecios sufrí, como si fuera un hombre malo, y esto de una gente vilísima, y de criaturas mías muy viles é ingratas, y con todo esto yo no volví mal por mal, y siendo maldecido no maldecía, y padeciendo injustamente no amenazaba, sino que sufría callando. Mira cuan digna eres tú de ser despreciada por tu dureza y negligencia, por tus pecados é ingratitud, y por tu vileza y tu nada. Gime, llora continuamente y acúsate delante de mí. Convierte en materia de humildad todas las cosas que se te ofrecieren. Guarda de preciar-te de tí misma vanamente, antes bien maravíllate de que los demás te alaben, y atribú-

E

yelo á que no te conocen. Ten puestos siempre los ojos en tu nada y tu pobreza. Mira cuan diferente eres de lo que deberias ser. Considera lo mucho que te falta, lo poco que puedes y haces, y cuan distante estás de la caridad y perfeccion que tuvieron los Santos, y finalmente que de tu cosecha solo tienes los pecados, los defectos la pobreza, y el abusar y echar á perder mis dones. Por ahí verás que es lo qué harías, si yo te abandonaba á tus malas inclinaciones. Si considerases esto continuamente, te aprovecharia mucho para la humildad. Tambien te has de humillar mucho por tus defectos ocultos, que tú no conoces, y muchas veces son muy graves, aunque no lo echas de ver, y por ellos te has de postrar á los pies de mi misericordia, y llorar tu flaqueza

é inclinacion al mal, y no formes de tí otra opinion que de ser una criatura muy culpada, y ciega y mas ingrata que todas.

CAPÍTULO XX.

Que no se debe hacer caso de los juicios de los hombres.

No te ocupes en pensar qué juicio forman de tí los hombres, y cual de tus obras, ni temas sus juicios (con tal que procures, quanto esté en tu mano, el no darles ocasion de escandalizarse y murmurar de tí con razon); porque ni porque ellos te alaben, eres mejor, ni porque te vituperen, eres peor: lo que eres delante de mis ojos, eso eres, y no mas. No te ensoberbezcan pues las alabanzas de los hombres, ni sus vituperios te entristezcan. ¿Qué provecho sacas de las alabanzas de los

hombres? Ciertamente ninguno, antes bien daño porque te ensoberbecen y engañan. Y por el contrario, ¿qué daño se te sigue de ser despreciada, vituperada y perseguida de los hombres? Ninguno á la verdad, antes te puede aprovechar mucho, porque te ayuda á que te conozcas, humilles enmientes, y aprendas á vivir. canta y prudentemente entre los hombres, y no poner tu confianza en ellos, sino en mí. Deja pues hablar á los hombres, deja que piensen de tí segun les pareciere, y pon tu corazon en mí, y si examinando tu conciencia no hallas que te reprehenda de cosa alguna, nada temas; pero si hallas que te reprehende, llora, no porque los hombres te menosprecian (pues antes te debes alegrar de esto porque lo mereces), sino porque me has ofendido á mí, y has dado á tu prójimo

ocasion de pecar. Si los hombres te alaban, piensa que se engañan, ó que lo hacen por voluntad que te tienen. Si te vituperan, no te maravilles por ello. Porque ¿qué hay que admirar que tu vida sea vituperada y menospreciada de los hombres, habiendo ellos vituperado y menospreciado la mia con ser inocentísima y sin defecto alguno, y en la cual no podia haber cosa digna de reprehension? Alégrate de ver que en algo te me pareces, es á saber, en ser menospreciada, vituperada y perseguida de los hombres. Deja que los hombres piensen mal de tí, que ese mal yo te le convertiré en bien, con tal que tú sepas sufrir callando. Procura agradarme á mí en todo, y no busques agradar vanamente á los hombres. Desea ser tenida por vil y despreciada, y por mucho que te menosprecien, piensa

que mereces ser menospreciada mas. Nadie te parezca tan malo que no puedas pensar que es mejor que tú. Piensa que los demas merecen lo que tienen, y que tú por sola mi misericordia te sostienes. No te atrevas á preferirte á nadie, pues de tí no tienes otra cosa que la nada y ser pecadora, y si algo de bueno hay en tí es don mio, y el querer elevarte por ello y preferirte á otro es gran vanidad y soberbia. Y el quitarte yo muchas veces mis dones sensibles es, porque no sabes usar de ellos como debes, tomando ocasion de soberbia. Mira cuan miserable eres, y cuan presto eres vencida de cualquier pequeña tentacion, cuando yo no te defiendo. Eres muy fácil, hija mia, en decir mal de otros, lo cual sin duda es indicio de orgullo, como si tu fueses mas que los otros de quienes dices

mal, siendo cierto que si no tienes tal vez aquel vicio de que hablas mal, estás sujeta á otros muchos, los cuates te hacen mas vil y digna de reprehension. Mis amigos no acostumbrañ reprehender los defectos agenos sino los propios; desconfian de todas sus obras, y de sí mismos, y no se confian de sí porque ven que se han engañado muchas veces; siempre temen que no me buscan puramente, tienen gran concepto y alaban mucho las obras de los otros, y no dan lugar á sospecha alguna mala contra su prójimo. No trates pues de reprehender las cosas de los otros, antes procura escusarlas, y alabarlas ó callar, teniendo siempre delante los ojos tu vileza é ingratitud, maravillándote de que todos los hombres no te aborrecen y vituperan. No puedes, hija mia, alcanzar la humildad, sino á mas el ser

humillada, porque á la humildad es preciso que preceda la humillacion, y así todo lo que te acaeciere, tómalo como de mi mano para tu humillacion, y gustadel ser humillada y despreciada de los otros. Deja que te infamen, calla tú, y déjalo á mi cuenta, pues yo sabré mejor que tú volver por tu honra. Si tú te defiendes, y vuelves por tí, no has menester que yo responda por tí; pero si callares con humildad y paciencia, yo sé el tiempo en que he de responder por tí. No quieras prevenirme excusándote y volviendo por tí yo pelearé por tí, tú sufre callando.

CAPÍTULO XXI.

De la obediencia.

La obediencia, hija mia, es una virtud excelentísima y á

mí sumamente agradable: la
 obra que por sí sería muy
 baja, si se hace por obediencia,
 me agrada mas y es mas
 meritoria para el que la hace,
 que otras muchas hechas por
 voluntad propia. Es para mí
 un sacrificio de gran valor y
 dignidad, el ofrecermelo con
 un humilde y obediente, apa-
 rejado para cumplir en todo
 mi voluntad, y podria ser que
 con un acto de obediencia, he-
 cho con gran perfección y
 grande resignación de la pro-
 pia voluntad ganase mas una
 persona, y se uniese mas ínti-
 mamente conmigo, que si se
 emplease por mucho tiempo
 en otros ejercicios espirituales.
 Has de amar tanto pues, hija
 mia, esta virtud, que si suce-
 diese estar conmigo gozando
 visiblemente de mi presencia
 con grandes regalos y consola-
 ciones, y fueses entonces lla-
 mada por la obediencia, me

habias de dejar, é ir á donde la obediencia te llamase, y esto no seria dejarme á mí, sino antes bien dejarte á tí, porque seria preferir mi honra y voluntad á tu consolacion, pues lo que yo quiero es que te niegues á tí misma, y no busques tus intereses, sino mi voluntad. Y así dejándome de esta manera, me hallarás mucho mas abundante y perfectamente. Aprende pues á dejarte á tí por mí, y no haya cosa por mas amada y provechosa que te parezca, que no estés pronta á dejar con gusto por la obediencia. Todo aquello que te hace apartar de la obediencia, á obedecer con tristeza y murmurando, míralo como un ídolo de tu voluntad propia, mas dañoso para tí de lo que puedes pensar. Si estuvieres en algun lugar donde no tuvieres superior, ó tú lo fueres, ten á todos por

superiores obedeciendo, y siguiendo la voluntad de los otros, y dejando la tuya en lo que fuere lícito y justo, no por negligencia, sino por deseo de negarte á tí misma, y por la virtud de la obediencia, de la cual no te has de apartar mientras vivas. A tu superior que lo es por orden y providencia mia, no mires si es letrado ó ignorante, de poca ó de grande estimacion, sino mira que yo te le he dado por superior, por cuyo medio yo te quiero regir, y en el cual me has de oír á mí que puedo y sabré gobernarte, no ménos por medio del que tiene poca que del que tiene mucha ciencia, y así por el uno como por el otro, quiero que estés sujeta y rendida á mí. Yo algunas veces doy á mis siervos, superiores de pocas letras y experiencia, paraque aprendan á no parar su atencion en la per-

sona del hombre y en los respetos humanos, sino que en sus superiores me miren á mí, y confíen en mí que por medio de ellos (cualesquiera que sean) les enseñaré lo que les conviene. Sino quieres pues, hija mia, ser engañada, sigue el camino de la obediencia, y nada hagas sin el parecer de tu prelado ó padre espiritual; vive siempre en simplicidad, y pobreza de espíritu sin propio juicio, ni voluntad ni parecer propio, y huye de toda queja y murmuracion, teniendo siempre por mejor lo que el superior te ordenare, y lo que á él le parece, y en su defecto, lo que los otros juzgaren, con tal que no sea contra mi voluntad, como te he dicho. Has de desposeerte de tu voluntad, de tal manera que donde quiera que estuvieres, vivas entre los hombres, como si no tuvieras.

voluntad, juicio ni parecer propio, sino que sigas siempre la voluntad y juicio de los demás (guardando pero la honestidad y discrecion), y mires á todos como si fuesen tus superiores en lo que á tí tocara. Cuando estuvieres sola, no hagas las cosas por voluntad propia, ni por complacerte á tí misma, sino por ser voluntad mia dirigiendo toda tu vida y ejercicios á tu abnegacion. De cualquier modo que conocieres mi voluntad, ya sea por inspiracion interior, ya por la escritura, ya por tu superior, ó por cualquier otra criatura, y siempre que yo te avisare interiormente, dejando tú luego tu propia voluntad y juicio, sigue lo que entendieres que yo quiero de tí. Pero mira bien que has de ser prudente, para no ser engañada y tomar lo que es del mal espíritu, como si fuese del

bueno, para lo cual importa mucho hacer todas las cosas con el parecer del superior, ó de otra persona que sea sierva de Dios, y sepa aconsejarte segun lo exigiere el asunto; y cuando no tuvieres de quien tomar consejo, despues de hechas las diligencias que pudieres, encomiéndamelo á mí en la oracion, que yo soy el que enseño á los humildes y á los que desean acertar, quando no tienen otro que los enseñe.

CAPÍTULO XXII.

De la mortificacion de la propia voluntad.

Nada hay, hija mia, que te pueda dar pena sino tu propia voluntad, á la cual si procurares estar muerta, ninguna criatura te podrá dañar, porque yo viviré en tí, y tú en mí, á quien sirven todas las

criaturas, sin que haya alguna que me pueda resistir. Pero si quisieres seguir tu propia voluntad, todas las cosas te serán contrarias y te harán guerra, y con todo esto por mas que hagas no podrás evitar lo que yo con mi providencia tengo dispuesto de tí, lo cual te será cruz y no consolación. El que se desnuda de su propia voluntad, disfruta una paz y alegría interior, desconocida á los que son amigos de sí mismos. Yo dije á mis discipulos que en el mundo habian de tener trabajos y aflicciones, es á saber en el seguimiento de los deseos propios, á los cuales el mundo favorece, pero que tuviesen confianza, que yo habia vencido al mundo paraque ellos con mi virtud le venciesen, y tuviesen paz en mí. Comienza pues, hija mia, á desarraigar y mortificar en tí los de-

seos mundanos y todo amor propio, porque de otra manera no podrás vencer al mundo ni al demonio, pues ellos reinarán en tí, mientras permanecen en tí los vicios, y sigues tu propia voluntad. Has de amar á los que persiguen tus vicios, y resisten á tu propia voluntad, pues te ayudan á hacer guerra á tus mayores enemigos. Cuanto ménos estuviere apoderado de tí tu amor propio, tanto mas te poseeré yo, y obraré en tí sin impedimento alguno, porque el amor propio es el que impide mis obras en tí, y así mientras vive en tí, te priva de infinitos bienes. Para venir á mí, no hay otro camino que el que yo enseñé á mis discipulos, cuando les dije: El que quiere venir tras de mí déguese á sí mismo (es á saber deje, mortifique, y desnúdese de su propia voluntad), y sígame. Co-

mienza pues, que así es me-
 nester hacerlo. Por mas que
 dejes, si no te dejas á tí, pien-
 sa que nada has dejado, y si
 te hubieres dejado enteramen-
 te á tí misma, aunque poseas
 muchas riquezas, y tengas
 grandes honras, vivirás como
 si nada poseyeras. Cuanto mas
 á tí murieres, vivirá yo mas
 en tí, y cuanto menos te com-
 placieres á tí, te será yo mas
 dulce y suave. Déjalo pues
 todo, y lo hallarás todo, esto
 es, déjate á tí y me hallarás
 á mí. Qué te detienes, hija
 mia? qué tienes? Las angustias
 que sientes en tí, las causa tu
 amor propio. Déjate á tí mis-
 ma, y ponte en mis manos.
 ¿Acaso puedo, yo, engañarte?
 porque no te fias de mí? por-
 que no confias de mi bondad?
 piensas que corres algun pe-
 ligro, si dejándote á tí te en-
 tregares á mí? Considera á
 quien te entregas. Considera

que yo soy sin quien ni vivir ni existir puedes, que te das á mí con quien no te puedes vivir mal, que te pones en mis manos que no soy capaz de atrojarte, ni de desampararte ni engañarte, porque no puedo dejar de amarte. Acaba pues ya, échate con confianza en mis brazos y sin rezelo alguno, que yo te recogeré y te guardaré. Cuando andas fuera de mí, eres como si no fueses, y por tanto si buscas vida, búscame á mí. Abrazame para que yo te abrace y te una conmigo tan estrechamente, que quien si te tocara me toque á mí en la niña del ojo. Procura pues dejarte á tí misma con alegría y voluntad pronta, y buscar en todo sin voluntad, llevando siempre en tu corazón aquella oración que yo hice á mi Padre, diciendo: hágase vuestra voluntad, y no la mia. Dí pues Señor, enseñándome á hacer vues-

tra voluntad, porque vos sois mi Dios, hágase en mí según vuestro beneplácito. Si quieres conocer si has renunciado y muerto á tí misma, mira si te turbas cuando recibes algun daño temporal ó alguna afrenta, y si ves que esto te turba mas que cuando acaece lo mismo á otro, infiere de aquí que aun vive en tí el amor á las criaturas y á tí misma, porque si estuvieses enteramente desposeída de tu amor propio, ninguna turbación te causarían estas cosas que te suceden á tí, mas que si sucediesen á otros; y solamente te afligirías por la ofensa que á mí se hace. Aquel, hija mia, que ha renunciado enteramente á sí mismo, trabaja en ir quitando siempre todos los obstáculos que hay entre él y mí, que son las aficiones y representaciones de las criaturas, y su voluntad propia, que es la que mas me estor-

ba. Mientras pues te sintieres mas inclinada á una cosa que á otra, sino fuere por puro respeto mio, entiende que no estás del todo muerta á tí misma. Todo aquello, pues, que sintieres que tira tu corazon fuera de mí, todo cuanto vienes que le ocupa, ó detiene ó perturba, trabaja en echarlo de tí entrando y encerrándote dentro de tí con el corazon levantado á mí, superior á toda esperanza y miedo de cosa temporal, á toda ganancia y pérdida, á todo descanso y trabajo, á toda alegría y tristeza, á toda solicitud, ocupacion y respeto de criaturas; porque si tuvieres tu corazon fijo en mí, menospreciarás todas estas cosas, pero si te amaras á tí misma, estarás como hecha esclava de todas ellas; y así ten por cierto que no podrás poseer paz y tranquilidad de espíritu, sino te ol-

vidares y murieres á tí. Y si esto hicieres con perfeccion, no temas que te falte cosa alguna, porque si tú te dejares á mí, yo estaré contigo, y tendré cuidado de tí, y te guardaré y defenderé mas cierta y maravillosamente de lo que tú puedes comprender.

CAPÍTULO XXIII.

De la consideracion de la divina providencia.

Paraque poseas y vivas con paz y tranquilidad y libertad de espíritu conviene, hija mia, que te entregues enteramente á mi providencia y disposicion, y que estés resignada é indiferente á cualquier cosa que yo dispusiere y ordenare de tí y de tus cosas, y quando sucediere alguna cosa, ya sea prospera ya adversa, recíbelas con la misma voluntad,

rob

deseando solamente que la mia se cumpla en tí ahora y siempre, y quiero que en esto hagas consistir tu mayor bien, y que mi voluntad sea en todo y por todo la medida de todas tus cosas. No tengas solicitud y cuidado de las cosas que estan por venir y son inciertas, sino déjame lo á mí, que rijo y gobierno todas las cosas, porque el mal que temes puede ser que no venga, y si viniere, bástale al dia su malicia. En todo lo que sucediere, has de estar contenta con lo que dispone mi providencia, y has de alabarme, teniendo por cierto que aquello es lo mejor y lo que á tí mas te conviene, si sabes recibirlo como se debe, y aprovecharte de ello. El sentir bien de mí, poner en mí la confianza, y entregarse á mí engrandece mi bondad, y por esto me agrada tanto que mi

criatura lo practique, que cuando lo hace sinceramente no puedo desampararla, ni permitir que se pierda, y por este medio alcanza mas cumplidamente lo que desea, y muchos y grandes dones míos. No mires pues, hija mia, á la criatura de donde te viene aquello que te sucediere, sino á mí que todo lo ordeno, y repóbelo con amor, alegría y nacimiento de gracias como de mi mano, y en todas las cosas acostúmbrate á considerar en ellas mi bondad, y mi misericordia, con la qual todas las ordeno para bien de mis escogidos, para que todo te excite á alabarme, amarme y glorificarme, y de esta manera sabrás hallarme en todas las cosas, y de todo sacarás provecho, y me ofrecerás un sacrificio muy agradable, porque yo estoy en todas las cosas, y todas en mí viven, se mueven y son.

CAPÍTULO XXIV.

*Del sufrimiento y paciencia
en las adversidades.*

Cualquiera adversidad y tribulacion que te venga recíbelas, hija mia, como un mensajero de mi gracia, y piensa que te viene por tus pecados, confesando que mereces aquello y mucho mas, y dame gracias, porque mirándote con ojos de piedad y misericordia te visto con mi librea; te castigo con la vara de mis hijos, y no te desecho como tú merecerias. Entretanto que te castigo, es prueba que quiero que seas mejor; y si apartare de tí mi correccion, aunque pareciese que tenias paz seria grande tu desdicha, porque dejaria de velar sobre tí y de guardarte; y aunque por tus pecados no merecieses los traba-

jos que te suceden, los habias de recibir con alegria, porque se cumple en tí mi voluntad, habiendo yo padecido por tu amor, haciéndote cada dia y aun cada momento nuevos beneficios, y al fin soy tu Dios, y tú eres criatura y hechura mia, y puedo hacer en tí y de tí todo lo que quiero, sin que tú puedas contradecirme, ni decirme porque lo hago. A esto se añade, que yo soy tu amante fidelísimo, que todas las cosas ordeno para tu bien y provecho, y habiendo yo dispuesto antes de criarte que padecieses en esta hora lo que estás padeciendo, has de desear yivamente que se cumpla esta mi voluntad, y recibirla con alegria, consuelo, acción de gracias, y devoción de corazón, no turbándote ni teniendo resentimiento alguno contra los que te molestan, sino pensando que

son ministros míos, por cuyo medio he dispuesto muy amorosamente que padebieses lo que padeces. Cuando ves que no se te ofrece algo que padecer, ni tienes adversidad alguna, teme que yo no me haya apartado de tí, pues te falta la señal con que suelo distinguir á los que son míos. Piensa cuantos trabajos y cuantas penas padecí yo, mi santísima Madre y mis Santos, que siguieron mis pisadas, y que ninguno ha llegado á la gloria eterna sino por el camino de la cruz y bebiendo de mi caliz, y que este es el camino real por el cual tú también has de caminar si quieres llegar á donde están mis Santos gozando conmigo. Piensa también que no hay cosa tan pequeña, que si la sufrieres por mi amor, no ganes por ella grande premio, aunque principalmente has de tener mi-

ra á mi amor y voluntad. Si supieses, hija mia, cuan grande es el fruto que trae consigo la adversidad, sin duda te gloriarias en mi cruz. Cuantas mas cosas pues contrarias te sucedieren, y cuanto mayor resistencia se hiciere á tus deseos, tanto mas fervorosa debes ser en padecer, y resignarte á mi voluntad y providencia. Y aunque se te impida algun bien que quisieras hacer, no pienses que has perdido nada, antes se te ha doblado el mérito, porque mereces con la buena voluntad que tenias, no habiendo quedado por tí de no hacer la obra, y con la paciencia con que sufres la adversidad; además de que á la buena voluntad tanto mayor premio le está reservado, cuanto se muestra mas fiel siendo tentada con adversidades, y permaneciendo siempre en el bien. Por-

que pues te amo, hija mia, quiero que seas mi fiel esposa, y me sirvas sin eleccion propia, y vayas no á donde tú quieres, sino á donde yo te llevo, y aun en el bien que haces aprendas á no buscarte á tí sino á mí, y lleves cualquier carga que yo te pusiere. En las adversidades pues no mires al hombre que te persigue, sino á mí que me valgo del hombre como de vara y azote para castigarte; y así no te enojés contra el hombre, sino procura tener paciencia, paraqué no pierdas el fruto de la adversidad, y muéstrate alegre y serena, paraqué no se vea en tí señal alguna de impaciencia, ira é indignacion contra nadie. Calla, y si hubieres de hablar algo, sea poco, y con mucha benignidad y mansedumbre. Finalmente te has de mostrar tan humilde y mansa que nadie

tema el reprehenderte, menospreciarte é injuriarte. Para todo esto tienes egemplo en mi vida, pues no sin causa dije: Aprended de mí que soy manso, y humilde de corazón. Mira cuantas penas, oprobrios injurias y desprecios sufrí, y con todo esto jamas maldije á nadie por esto, ni hablé asperamente, ni volví alguna respuesta mala, sino que me compadecia de aquellos que me perseguian, y rogaba por ellos. No cuides pues, hija mia, de volver por tí, ni defenderte ni excusarte, calla, y déjamelos todo á mí. Mientras te pareciere que te hacen injuria, ó que no mereces lo que padeces, y que te persiguen injustamente, ten por cierto que no tienes verdadera paciencia, ni has alcanzado el verdadero conocimiento de tí misma. Recibe, hija mia, con alegría y devoción cualquier adversi-

dad, y ofrécete á mí para padecer cuanto yo quisiere, para estar privada de todo lo que te quisiere quitar, y para llevar cualquier carga que yo te quisiere poner, y ten por perdido el dia en que no se te ofrece algo que padecer.

CAPÍTULO XXV.

De la falta de consolacion.

Conviene, hija mia, que andes por el camino real y muy alto de los perfectos amigos míos, qué es saber sufrir los trabajos sin buscar consolacion exterior, y sin tener refugio á criatura alguna, sino á mí, teniendo en todo trabajo y afliccion por bastante consolacion el pensar que se cumple en tí mi voluntad. Humíllate á todos, póstrate á los pies de todos, y piensa que cualquiera tiene licencia de injuriarte,

menospreciarte y pisarte, y que yo le permito que lo haga así. Si llegares á esto, cesará toda queja, toda murmuracion y todo descontento contra tu prójimo, y amarás mas intimamente á los que peor te tratasen, como aquellos que te abren el camino para la verdadera abnegacion, y te dan ocasion de aplacarme y agradarme, y de practicar las virtudes y el amor hácia mí. Todavía hay un camino mas alto, y es, que aunque estés cargada de trabajos, aflicciones y tentaciones, y por otra parte te sientas dejada de mí, y como que te tengo olvidada y desechada, no pierdas la confianza en mí, ni te derrames para buscar alguna consolacion exterior, sino que me esperes con confianza, padeciendo todo cuanto yo tuviere á bien, sin cesar de alabarme, por mas seco que sientas tu

corazon, y por este camino quiero que andes, hija mia, para complacerme en tí como en mi fidelísima esposa.

CAPÍTULO XXVI.

De la paz interior y mansedumbre del corazon.

Ya has comprendido, hija mia, cuánto te conviene ser paciente, y conservar la mansedumbre en la paciencia, esto es llevando todas las cosas con igualdad de ánimo, y paz y tranquilidad de corazon. Porque mansedumbre no es otra cosa que una tranquilidad, fruto de la verdadera paciencia, de tal manera que nada sea capaz de contristarte, ni perturbarte, ya sea cosa temporal ya eterna, con tal que no quieras estar fuera de mi gracia y amistad, ni apartada de mi voluntad. Porque esto

en ninguna manera se debe descuidar, sino que antes debes procurar con todo cuidado el estar unida conmigo por la caridad. Amás de esto en cualquier pena ó consolacion que te viniere en cualquier lugar, si fuere para mi gloria y segun mi voluntad, debes alegrarte de estar sujeta á ella, y siempre dispuesta para recibir la consolacion ó la tribulacion, segun lo que yo dispusiere. Si te hallares en esta disposicion, ninguna cosa que te suceda exteriormente, te podrá contristar, porque ninguna cosa te sucederá contra tu voluntad, mientras mi voluntad sea siempre la tuya, y no tengas otro querer que el mio; y así se hará siempre tu voluntad (como te he dicho) en todo. Porque en lo que te has de alegrar sumamente es, en que se cumpla en tí mi voluntad, y con esta disposicion

tu interior estará en paz, aunque en lo exterior estés atribulada y desconsolada, pues no quieres sino lo que yo quiero. De este modo pues, hija mia, has de conservar la tranquilidad, procurando que no haya en tí turbacion ni queja alguna, que la parte irascible esté inmóvil y en silencio, y la concupiscible fundada en las virtudes esté elevada á mí, la parte racional alegrándose de esto, la conciencia en paz y serenidad, y toda el alma posea una entera tranquilidad.

CAPÍTULO XXVII.

Del amor al prójimo.

En, hija mia, para con todos tus prójimos un corazón lleno de compasion y de amor puro, el cual no ensucia el corazón con alguna concupiscencia sen-

sual, ni le ocupa con familiaridad excesiva, ni le mancha con alguna afición desordenada, ni le inquieta con distracción de pensamientos, ni le perturba con deseos importunos, sino que sin distinción de personas abraza á todos en mí con pura y ardiente caridad. Alégrate del bien y aprovechamiento de todos; compadécete de las necesidades de todos; consuela, ayuda sufre y sirve á todos en todo lo que pudieres, con alegría y benignidad; ten por propias las necesidades de los otros, y muestra con todos un corazón de madre. Procura escusar á todos, y con oraciones, beneficios y servicios haz que todos crezcan y aumenten en el bien, y cuando otra cosa no pudieres, procura consolarlos con la alegría y benignidad del semblante y con palabras dulces. Guárdate de juzgar y menes-

preciar á nadie, porque esto te daña mucho, y á mí me desagrada; antes procura con valor no dar lugar ni aun á una ligera sospecha de mal. Cuando vieres que alguno cae en algun pecado, piensa que yo lo he permitido para su mayor bien, y que lo ha hecho por ignorancia, ó combatido de una grave tentacion, y que si á tí te viniera, caerias mas gravemente. Has de mirar con diferentes ojos tus cosas, y las de tus prójimos, es á saber, las tuyas con rigor y severidad encareciendo tus defectos y disminuyendo tus virtudes en tu estimacion; pero las de tus prójimos, disminuyendo y escusando sus defectos y teniendo en mucho sus virtudes. Cuando estás enojada, no corrija entonces á tu prójimo, porque ¿que te aprovechará curar al otro, si tú quedas llagada? Aguarda la oportu-

tunidad de que tú estés en calma, y tu prójimo en disposición de recibir la corrección, y entonces hazlo con espíritu de mansedumbre y con dulzura, mas rogando que reprehendiendo, y suplicándome á mí con gemidos, que haga que sea de provecho tu corrección. Guárdate de ser causa de disensión ó de odio entre algunos; dí siempre lo que ayude á poner paz acordándote de lo que dije: Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Si alguno te ofendiere ó te aborreciere, vuelve bien por mal, es á saber, por las persecuciones y beneficios, por el mal rostro, rostro alegre y sereno; por las palabras ásperas, é injuriosas, palabras mansas y benignas, y de esta manera harás que mas presto se reconozca, y vuelva en sí. Todas las miserias del cuerpo, traba-

jos, dolores, adversidades que vieres en los hombres tráigan- te á la memoria la pobreza, trabajos y dolores y adversi- dades que yo padecí por tí, paraque en todo me halles y contemples, me ames y te com- padezcas de mí, y te trans- formes en mí.

CAPÍTULO XXVIII.

De la pureza de corazon.

Trabaja, hija mía, por alcan- zar la pureza del corazon, con la cual apartada de todo lo transitorio no estés apegada á alguna delectacion terrena, ni aun busques ni admitas delec- tacion alguna por voluntad y deseo de deleitarte. Corta to- da suerte de pensamientos, no solamente los ilicitos, sino tam- bien todos los inútiles y ocio- sos, no dando advertidamente lugar á alguno de ellos. For-

ma el propósito de no pensar sino en mí, ó en cosa que se dirija á mí. En cuanto puedas, no recibas dentro de tí las imágenes y representaciones de las criaturas, y cuando adviertas que tu corazón está ocupado con ellas, procura despedirlas. Déjame á mí todos los cuidados, y solicitudes. No te turbes por cosa alguna que sucediere. Está siempre velando en la guarda de tu corazón, para que no habite en él alguna afición desordenada á alguna persona ó cosa, ni algún deseo sensual, ni pasión alguna, ni concupiscencia, inclinación, ó intención viciosa. No sufras que haya medio alguno entre tí y mí. No te busques á tí misma en nada, sino solamente á mí pura y simplemente. Ten siempre tu pensamiento levantado y puesto en mí, y cualquier cosa que hubieres de hablar ó pensar,

trátala primero conmigo en la oración dentro de tu espíritu, y con esto cualquier cosa y ocupación te dará materia y ocasión de orar, y toda tu ocupación no será mas que una continua, y perpetua oración. No veas cosa alguna por mas estraña y desconcertada que sea, de que no saques ocasión de orar y alabarme. En todas las cosas levanta á mí tu entendimiento y tu afecto. Todo lo que vieres que fuere hermoso, suave ó deleitable, refiérelo á mí, para que yo solo sea tu delectación. Edifícate de todo, y nada se te ofrezca de donde no procures sacar algun provecho para tí.

CAPÍTULO XXIX.

Como se han de referir puramente á Dios todas las cosas buenas.

No debes, hija mia, atribuirte cosa alguna de las que obro en tí, ni de mis dones, sino reconocerlos por míos, admirarte de mi liberalidad, caridad y benignidad, y tener siempre delante los ojos tu vileza en indignidad. No te complazcas vanamente en tí, por ver que has recibido algun don de mí. Tu alegría ha de ser el ver que he sido tan bueno, liberal y misericordioso contigo, indigna é ingrata criatura, y esto será alegrarte en mí y no en tí. Fuera del agradecimiento que has de tener á mis dones, y de la humildad con que te has de reconocer indigna de ellos, no

pienses mas en ellos para que no te ensoberbezcas. Si sintieres algo en tí, no te pongas á quererlo escudriñar curiosamente, déjame lo todo á mí, y tú mantente firme en este conocimiento, de que si te comunico algo es sin merecimiento tuyo. Me agrada la humildad de que por conocer te ingrata é indigna andes temerosa en estas cosas, y antes creas que no es nada lo que sientes, ó que no es cosa que venga de mí, quei no es que te alegres vanamente por ello. Acuérdate de lo que decia á mis Apóstoles: Que no se alegrasen por los milagros que hacian, ni porque los demonios se les sujetaban, aunque no dadaban ser esto don mio. El amor propio se introduce en todo, y engaña fácilmente á los que no andan prevenidos. Hija mia, si deseas ser esposa mia, conserva siempre tu co-

razon casto, y puro, libre y
 desapegado, sin que ninguna
 criatura le posea, y cuando
 adviertas que se te va tras al-
 guna cosa fuera de mí, gime
 y pídemle que te dé mi gracia
 y amor. Si deseas ser pura,
 has de quitar todo aquello en
 que tu naturaleza halla recrea-
 cion, ó consolacion y deleite,
 ya sea en palabras, ya en al-
 guna otra cosa, y para esto
 desprecia todas las cosas, y
 tenlas por basura, y solo á mí
 ten por cosa preciosa, y sea
 yo solo el tesoro de tu cora-
 zon. Examina con diligencia
 en tu interior todo lo que ha-
 ces, lo que quieres y piensas,
 y hallarás que muchas cosas
 que tienes por muy buenas y
 perfectas nacen de la raiz del
 amor propio, y por aquí en-
 tenderás cuan vigilante has de
 andar en todo. ¡O si tuvieses
 tu corazon apartado de toda
 criatura! ¡ó si solamente me

deseases á mí! como vendria yo á tu corazon y te me comunicaria. Este cuidado de ir examinando tus cosas, y de cortar todo lo que no va dirigido puramente á mí, sé que te será molesto y pesado á los principios, y cada cosa en que habrás de mortificarte, será una cruz: pero esto te abrirá los ojos para que te conozcas mas perfectamente, y veas cuanta es tu miseria, y cuanto hay en tí que enmendar y corregir, y quan pocas son tus fuerzas para este ejercicio de la continua mortificacion, con que se ha de alcanzar la pureza de corazon, y con esto te humillarás y gemirás llorando, y desearás verte libre de tus imperfecciones y miserias; andarás cautelosa, y con rezelo en todas tus cosas, y estos gemidos y lagrimas te servirán como de bautismo para purgar tu alma, y satisfacer por tus

pecados, y perseverando con esfuerzo, mediante mi gracia se te hará este negocio cada dia mas fácil. No desmayes pues, en mí lo vencerás todo; confia en mí, que yo te aligeraré esta cruz, y te ayudaré á llevarla.

CAPÍTULO XXX.

Que se ha de tener cuenta con las inspiraciones del Señor, y no menospreciarse su gracia.

Hija mia, está siempre ocupada en buenos egercicios con los ouales levantes tu corazon hacia mí, mientras no sientas interiormente que yo te llamo á otra cosa, porque no has de estar tan apegada á tus egercicios, que por ellos dejes de seguir mi inspiracion; antes bien siempre que sintieres que mi voluntad es que hagas otra cosa, ya se te manifieste esta

voluntad mia por tus superiores, ya por mi disposicion y providencia con que lo gobierno todo, y siempre que sintieres dentro de tí mi llamamiento, debes luego dejarte á tí, y obedecermé á mí. No me contento con que me sirvas, sino que quiero que esto lo hagas del modo que yo quiero y con abnegacion de tu propia voluntad. Y así por seguir mi voluntad, debes muchas veces mudar y dejar tus ejercicios, no por negligencia, tedio ni por inconstancia y ligereza de corazón, sino para estar enteramente sujeta á mi voluntad. O si supieses cuanto peligro, y detrimento del aprovechamiento espiritual acarrea el no admitir ni seguir mis inspiraciones, y cuan mala cosa es obrar contra ellas, sin duda quedarias atonita y pasmada. Consérvate pues, hija mia, siempre con temor y re-

zélate de que eres ingrata, y
 teme el que por tu soberbia
 é ingratitud (como lo has me-
 recido muchas veces) no llegue
 yo á dejarte y pierdas mi gra-
 cia; pide continuamente en tus
 oraciones mi gracia, y vela en
 su guarda procurando conocer
 qué es lo que yo quiero de
 tí. En cuanto á lo que te he
 dicho, que debes andar con
 temor de perder mi gracia, y
 de que te abandone por tu
 ingratitud, has de mirar que
 este temor no nazca de deses-
 peracion ó pusilanimidad, sino
 de una verdadera humildad
 llena de esperanza en mí. Si
 no puedes imitar los egercicios
 de los otros, no por esto te
 has de acobardar y hacer pu-
 silánime. Yo reparto mis do-
 nes y doy á cada uno segun
 veo que le conviene, conforme
 á su complexion natural y al
 fin á que le llamo, y así tam-
 bien doy á cada uno egercicios

acomodados á este fin, y no todos pueden tener una manera de ejercicios, así como tampoco es una misma la complexion natural de todos ni la vocacion. Pero las virtudes son unas mismas, y estas las puedes y debes imitar cualesquiera que sean. Porque puedes ser humilde, benigna, paciente, &c. aunque no puedas ejercitarte en los mismos actos de estas virtudes en que los otros se ejercitan. Hay un camino que guia á mí, por el cual caminaron todos los Santos, este es el camino de la caridad, la cual dirige á un mismo fin todos los ejercicios por diversos que sean. Por este camino te conviene andar por los medios que ya te enseñaré. Caminando por este camino, es á saber, siguiéndome á mí y recibiendo de mi mano todo lo que te enviare, y refiriendo todas las cosas á mí, y

humillándote debajo mi poderosa mano, y buscando solamente mi gloria en todo lo que haces y dices, no te dejaré errar, por mas que te parezca que estás en tinieblas y combatida de tentaciones, y que te tengo abandonada. Mirá pues bien tu vocacion, y acomoda á ella tus egercicios, dispuesta siempre (como te he dicho) á dejarlos, variarlos ó volverlos á tomar segun fuere mi voluntad, y por ella debes medir tu aprovechamiento, y no por lo que ves en los demas, ni por lo que tú quieres. Desea ser tal cual yo te quiero. Ten cuidado de corresponder á mi llamamiento que entenderás, sino te buscaré á tí en nada, sino á mí puramente.



CAPÍTULO XXXI.

*Sobre el comunicar los dones
de Dios.*

Quiero, hija mia, que no desprecies mis gracias y dones, pero guárdate bien de buscarte en ellos á tí misma, ni ensoberbecerte, ni gloriarte ni agradarte á tí misma por ellos; refiérelolo todo á mí, y ten siempre tu nada delante de los ojos. No quiero que mis dones estén ociosos, como lo signifiqué en aquella parábola del Evangelio de los talentos. Así como los ojos en el cuerpo ven para todo el cuerpo, así los dones que yo te doy, no los doy solamente para tu provecho, sino tambien para provecho y bien de los otros miembros de la Iglesia, para que con ellos sirvas y ayudes á los otros, y trabajes en ga-

narlos y traerlos á mí, y por
 esto no los dí á los otros, por-
 que dándolos á tí, proveí á tí
 y á ellos: así como tambien
 he dado muchas otras cosas á
 los demas, que no las he da-
 do á tí, y en darlas á los
 demas, miré lo que era nece-
 sario á ellos y á tí, no solo
 para su provecho, si tambien
 para el tuyo. Quiero pues de
 tí que comuniques mis dones
 con los demas, y hagas por
 ellos de buena voluntad lo
 que ellos no pueden hacer por
 sí, para que de esta suerte la
 caridad haga de todos voso-
 tros un cuerpo, en que todo
 lo que tuviere un miembro
 aproveche á los otros, y el
 uno participe de los bienes
 del otro. Esta consideracion
 de mi voluntad, hija mia, ha
 de hacer que llesves con ale-
 gria las cargas de los demas,
 y te compadezcas con manse-
 dumbre de sus trabajos, y los

consueles con benignidad, y les des de lo que tuvieres de muy buena gana, y te alegrés de sus buenos sucesos, y no haya entre vosotros envidia alguna, disputa ni propiedad, sino mucha caridad y union. Piensa pues que todo lo que tienes de bueno es mío, y que te lo he dado para que lo emplees en bien de tus hermanos, y te he de pedir cuenta sobre el modo con que lo hubieres cumplido; y así por mas que estés elevada en contemplacion gozando de mí, siempre que la necesidad corporal ó espiritual de tu prójimo lo pidiere, debes acudir á remediarle y ayudarle, dejando por mi amor tu propia consolacion. Porque la verdadera caridad consiste en qué no busques tus intereses, sino el bien de tu prójimo, y esto me es á mí mas acepto, y á tí mas provechoso que cual-

quier otra contemplacion, ó devocion propia no necesaria; y en esto y en todo lo demas, sea siempre yo el principio, el medio y el fin de tus obras y deseos, buscando mi gloria y beneplácito, porque con esto me será acepto y agradable tu sacrificio.

CAPÍTULO XXXII.

De la pobreza de espíritu.

Por mucho que hagas, hija mia, nunca has de contentarte, sino andar siempre con continua hambre y sed de la justicia: nadie te parezca mas flaco que tú, ni mas pobre de virtudes, ni mas necesitado de mi gracia. Ten siempre tus defectos delante de tus ojos, y llora y gime por ellos. No te toca á tí el discurrir y pensar lo que hacen los demas, cual están de virtudes, y con

sintieres teot
hacia alguno,

chos modos.

ante con la

servile en lo que

quiere de hablo

lar en mena

sa es pernici

siniente en

en las palabras,

nos exteriores

de todo lo que

vuliz. y que na

maiz.

CAPITULO

Del modo de
liria

En la convers
con los otros
interiormente triste
antes bien proce
rostro sereno, p
versacion no se
demas. Guárdame

XXXIII.

de Dios.

como el cier-
 de las aguas,
 siempre tu co-
 me á mí por
 ne mucha sed,
 r en otra co-
 r; y en todo
 sed no le de-
 ni desear otra
 ú me amases
 ante, siempre
 lo en mí, y
 onmigo y unir-
 os que están
 r loco del mun-
 de comer, ni
 otra cosa de
 n, y sino pue-
 se ponen ama-
 s, y no pue-
 ta que lo al-
 manera, hija

respeto á mí, y por qué caminos andan: yo sé lo que he dado á cada uno y lo que pido de cada uno. Tú seas en tus ojos y estimacion, la mas baja y vil de todos y como nada. Averguénzate en mi presencia, si alguno te alaba ó piensa bien de tí, viendo cuán ingrata, pecadora y vil eres. Piensa que todos tienen facultad para menospreciarte y desecharte sin que te hagan Injuria, y que mereces cualquier desprecio y abatimiento. Mientras te parezca que te hacen injuria, y te quejes, es prueba que no estás del todo desnuda de tu amor propio y estimacion, porque para ir bien, de nada debias afligirte en todo esto sino de mi ofensa, si alguna se me hace.



CAPÍTULO XXXIII.

Del amor de Dios.

Hija mia, así como el ciervo desea la fuente de las aguas, así ha de estar siempre tu corazón anhelándome á mí por amor. El que tiene mucha sed, no puede pensar en otra cosa que en beber; y en todo cuanto haga, la sed no le deja jamás pensar ni desear otra cosa. Y así si tú me amases con amor ardiente, siempre estarías pensando en mí, y desearías estar conmigo y unirme conmigo. Los que están cautivos del amor loco del mundo no gustan de comer, ni beber, ni de otra cosa de aquello que aman, y sino pueden alcanzarlo, se ponen amarillos y enfermos, y no pueden sosegar hasta que lo alcanzan; de esta manera, hija

mia, debias tú amarme, en mí solo había de estar tu alegría y consolacion, y fuera de mí todo había de serte amargo y triste, y no habias de descansar hasta haberme alcanzado. ¡Ojalá estuvieses enferma de mi amor! Ojalá te diesen en rostro todas las cosas de este mundo, y á mí solo diseases, y ofrecieses tu corazón libre de todo amor terreno, para que le llevase yo tras de mí, y le llagase y traspasase con la saeta de mi amor! O cuan dichosa serias, si como si estuvieres fuera de tí, y embriagada de amor menospreciases todo lo criado, y corrieses tras de mí dando voces y diciendo: Llagada estoy de amor! Deberia, hija mia, haber en tí tal ardor de amor, que cualquiera que se te acercase no sintiese otra cosa que amor, y cualquiera que te hablase, se fuese encendido de amor de

tus palabras. Si deseas pues amarme, me has de amar con todo tu corazon; no quiero que ames otra cosa fuera de mí, que no sea por mí. Ámame puramente, á saber, por ser quien soy, ámame con un amor infinito, quiero decir, que no pongas tasa ni medida en el amor que me tengas, sino que siempre desees amarme mas y mas. El amor nunca dice basta, nunca puede saciarse su hambre, siempre pide mas, y mas se aumenta. Desea amarme cuanto pueden amarme todas las criaturas juntas, y esto no por querer ser mas que los otros, sino por el deseo y hambre insaciable que has de tener de mi amor. Mi amor no sabe estar ocioso, siempre obra grandes cosas allí donde está, y si rehusa obrar, no es amor. Si te faltare la posibilidad para hacer algun bien, no desmayes por esto, porque yo re-

recibo tu buena voluntad, como
 si fuese la misma obra. Las
 obras sin la caridad, no me
 son agradables, pero sí la ca-
 ridad sin las obras, cuando por
 enfermedad, necesidad obe-
 diencia ú otro legitimo impe-
 dimento no se pueden egecu-
 tar, porque entonces, como
 tengo dicho, recibo la buena
 voluntad en lugar de la obra.
 Pero cuando hay posibilidad,
 el amor siempre se egercita
 en algo que sea para mi glo-
 ria ó bien del prójimo: yo te
 he dado á tu prójimo paraque
 hagas con él lo que quisieras
 hacer conmigo, pues yo nada
 necesito: y así he prometido
 aceptar y remunerar lo que se
 hace con el prójimo, como si
 se hiciese conmigo; porque la
 caridad que hace que me mi-
 res á mí en el prójimo, hace
 tambien que me sirvas á mí
 en él. Empléate pues en lo
 que fuere de servicio y con-

suelo de tu prójimo en su lugar y tiempo, porque no quiero que con las demasiadas obras exteriores ahogues la devoción interior, que consiste en la prontitud de la voluntad, dispuesta á hacer con alegría y fervor lo que fuere de mi servicio y honra con abnegacion de sí misma, buscándome puramente á mí, y estimándome en mas que todas las demas cosas, que es lo que sobre todo pido y quiero de tí. O si los hombres supiesen cuanto me gusta morar en tales almas, y con cuanta alegría me les ofrezco, y con cuanta liberalidad me comunico al corazon desapegado de las criaturas, y que me busca á mí puramente, me desea con fervor, y solo me mira y espera á mí, sin querer recibir consolacion en cosa alguna fuera de mí, ni aun en mí desea ser consolado, porque se reconoce indigno de mi consolacion, si-

no solamente que se cumpla en él mi voluntad! Este tal corazon, aunque carezca de la consolacion de las criaturas, le lleno yo de todos los bienes, porque no hay cosa que se pueda desear en la criatura, ni que se renuncie por mí, que no se halle cien veces mejor y mas pura y suavemente en mí. La hermosura, la suavidad, el deleite, la dulzura, la verdad, la consolacion, la presencia continua de la cosa amada, las riquezas, la gloria, el poder y todas las demas cosas que pueden dar deleite y desearse se hallan en mí con una excelencia infinitamente mayor que en ninguna criatura. La sola consolacion, hija mia, que se recibe con la presencia de mi bondad excede de tal manera todos los deleites del mundo, que en comparacion de ella son amargura. Y por esto si en el amar se

guardase el orden que se debe, debería yo ser amado mas que ninguna criatura. ¡Pero ay dolor! Que dejando los hombres el sumo bien que soy yo, y despreciando la verdadera felicidad, aman á sí mismos, al mundo y á sus cosas, de donde les viene toda la inquietud, y todos los males. ¿Cual es la causa de que los hombres así se engañen? Si les gusta el amor, ¿porque no me aman á mí, cuyo amor es casto, puro, santo, sencillo, á mí que soy infinitamente amable, esencialmente bueno, sin mezcla de cosa que no sea bien é infinito bien, cuyo amor está lleno de deleites, y con él se alcanza la bienaventuranza eterna? Qué bien trae consigo el amor del mundo, sino amargura, distraccion arrepentimiento y tristeza, y al fin acarrea la condenacion eterna? Ea pues, hija mia, déjalo

todo, desprécialo, todo, vuélvete á mí con todo el corazon, y deséame á mí solamente. Mientras estés apegada á las criaturas, no puedes dejar de inficionarte con viles deleites, é inquietarte y ocuparte con imaginaciones y distraerte con pensamientos. Yo al corazon que se acerca á mí, le recojo y junto conmigo y le doy paz, reposo y serenidad de conciencia. Siempre has de procurar y pedirme con oracion fervorosa el poder estar apartada de las criaturas, y siempre vuelta toda á mí, porque no lo podrás alcanzar si yo no te lo doy. Ten cuenta siempre con mi llamamiento y mocion interior, y síguela, entendiendo que este llamamiento mio no se aparta de lo que se contiene en la sagrada Escritura, ni de lo que mandan tus superiores, y asi debes caminar con simplicidad por el camino de

la obediencia sin estribar en tí misma. El amor es un tesoro incomparable, que solo debe depositarse en mí. Hija mia, donde está tu tesoro, allí está tu corazón: si quieres saber lo que amas, examina cual es aquello en que piensas mas á menudo, de que te alegras de oír hablar, y que con mas ansias deseas. Mira qué gran desatino es comprar el infierno con el tesoro del amor, lo cual hacen aquellos que apartando su amor de mí, le ponen en las cosas del mundo. Gime y llora de ver que me arrojan del corazón humano por el cual dí mi vida, que compré con el precio de mi sangre, y que le posee mi enemigo, el cual no busca ni desea otra cosa que llevarle consigo á la suma miseria, á las penas eternas, y al fuego que nunca se acaba.

CAPÍTULO XXXIV.

De las divinas alabanzas.

Arda siempre en tí, hija mía, un deseo de alabarme, amarme honrarme, y agradarme perfectamente. Ten siempre en tu corazón una reverencia, temor y solicitud para conmigo, con lo que te pese de ver que se haga cosa que á mí me desagrade, y no solamente te has de guardar de ofenderme, pero has de procurar juntamente, en cuanto pudieres, que ningún otro me ofenda, y esto por el fidelísimo y fervorósimo amor que me has de tener; el cual te ha de hacer querer y desear que yo sea honrado y glorificado de todas las criaturas, y que todas me conozcan, ámen honren y sirvan. Si eres fiel esposa mía, antes has de desear

cien veces la muerte que con-
 sentir en un solo pecado, aun-
 que sea venial; y aunque es
 verdad que no puedes estar
 mucho tiempo sin caer en al-
 guno de estos, debes guardarte
 de consentir en alguno con ad-
 vertencia y ánimo deliberado,
 y esta voluntad no ha de es-
 tribar en tí, sino en mí. Al
 que me ama, yo le agrado, y
 se contenta de todas mis obras
 y mis juicios, y me alaba siem-
 pre y en todo: no tiene ne-
 cesidad de buscar materia de
 alabarme, porque el amor le
 da siempre materia para mis
 alabanzas. Es alabarme el pen-
 sar en mí amándome, y pen-
 sando en mí admirarse de mi
 grandeza y magestad, y admí-
 rándose desear que todos me
 magnifiquen y amen. Mi ala-
 banza ilustra y alegra el es-
 píritu, echa fuera la tristeza,
 y es una defensa para caminar
 con seguridad entre las pros-

peridades y las adversidades. Todo cuanto intenta el demonio engañosamente contra el hombre, ó procuran los demas hombres, mi alabanza con alegria lo menosprecia. ¡O cuanto se gozan y alegran mis santos Angeles de oír los coros de aquellos que cantan mis alabanzas, especialmente cuando esto se hace con corazon puro, y ver que los hombres hacen en la tierra lo que los Angeles en el cielo! Así como no tengo necesidad de que nadie me alabe, ni puede orecer mi gloria por ninguna alabanza, tampoco puedo ser alabado de criatura alguna cuanto debo ser alabado. Y así tú te has de tener por indigna de alabarme, pero has de desear alabarme cuanto pudieres, y con todo esto reconocer que no has hecho nada, en comparacion de lo infinito que yo merezco, para que se manifieste

en tí que mi grandeza es superior á toda alabanza. Me debes alabar vocalmente, especialmente cuando el precepto de la Iglesia te obligare á ello, pero entiende que la alabanza que á mí mas me agrada es un profundísimo conocimiento de tu pequeñez y de tu nada, y de mi magestad infinita, y una entera sujecion y rendimiento á mi voluntad. Tambien me alabas cuando te conformas con mi voluntad, así en lo prospero como en lo adverso, y en todo me das gracias. Es tambien alabanza mia el huir de todo pecado, trabajar en adquirir virtudes, desear mi honra, y procurar mi beneplácito y gloria, y mucho mas el procurar tener el ánimo purificado y libre de toda afición viciosa, y de toda acidia y disgusto á mis cosas, y estar unido conmigo con paz, tranquilidad y silencio de espíritu. Hija mia,

todo lo que se levantara den-
 tro de tí, ó te viniere de fue-
 ra, refiérete á mí, deseando que
 por mi gracia se convierta en
 gloria y alabanza mía, porque
 de esta manera todo se te con-
 vertirá en bien, y así si sintie-
 res que el demonio te trae al-
 gunas tentaciones feas, ya de
 blasfemia u otras cualesquiera,
 por horrendas que sean, con-
 viértete á mí, y dize luego: Se-
 ñor Dios mío, todas quantas
 veces me trajere el demonio es-
 to al entendimiento, os alabo
 y glorifico con todas aquellas
 alabanzas, con que todos los
 espíritus celestiales os alaban
 en el cielo, y para confusión
 de mi enemigo y gloria de
 vuestra magestad os adoro y
 glorifico. Si te viniere algo que
 te cause tristeza, dí: Piadosí-
 simo Señor, por vuestra honra
 y por vuestro amor quiero su-
 frir esto de buena gana, y me
 ofrezco á sufrir, si vos quereis,

cualquier otra cosa, por mas penosa que sea. Si fuere cosa de alegría, dí: Suavísimo Dios, esto viene de vos que sois fuente de todo bien; si vos quereis, careceré de esto de buena gana, y de todo enanto, me puede dar contento en esta vida, si por gozar solamente de vos y poseeros á vos unido con bien mio. Si ves algun gran número de gente, ú otras cosas, ó alguna cosa muy hermosa y preciosa, dí: Hermosísimo, amabilísimo, omnipotente y eterno Dios, tantas mil veces, y millares de millares de veces os alaben por mí los angeles y bienaventurados en el cielo, y toda la hermosura, suavidad y preciosidad de todas las criaturas os glorifique.



CAPÍTULO XXXV.

*Del ejercicio del amor, y
de las alabanzas divinas.*

Aparte tu pensamiento de las criaturas, y deja toda solicitud y cuidado de las cosas del mundo; y recogida de esta manera y ocupándote solamente en mí, levanta tu corazón con continuos y fervorosos suspiros, con unas oraciones encendidas, y unos ardentísimos deseos de amarme con todo fervor, alabarme con perfeccion y cumplir enteramente mi voluntad; teniendo sed de verme á mí que soy hermosísimo, y de poseerme, pues soy la eterna felicidad de las almas, y de estar siempre conmigo, que soy suavísimo, bonísimo, y bienaventuranza infinita. Lleva siempre en tu entendimiento algo que meditar, con que

te enciendas en mi amor, pensando en mi dulzura y bondad, y admirándote y engrandeciéndome mi grandeza, ó pensando en tu pequeñez é ingratitud, y humillándote por verte tal, ó compadeciéndote de todos los afligidos así vivos como difuntos, y rogándome por todos. Todo lo que hubieres de hacer, trátalo y consultálo conmigo, y aunque estés entre los hombres, acostúmbrate siempre á hablar conmigo en lo íntimo del corazón. Mira de que modo puedes aumentar lo que es en honor mio, así en tí, como en tu prójimo, y hazlo con toda la diligencia posible, pero de tal manera, que ocupándote exteriormente, estés siempre recogida conmigo en lo interior. Si te acostumbrares á esto, ninguna ocupacion exterior (con tal que sea moderada) te impedirá el ejercicio interior de mi amor, no po-

niendo apego á las criaturas con quienes tratas, sino conservando un corazon libre, y unido conmigo. No te quejes, pues, ni digas que las ocupaciones exteriores te impiden el ejercicio de mi amor; qué solo lo hace tu indiscrecion y curiosidad, la inconstancia de tu corazon, tu flaqueza, y la mala inclinacion que aun vive en tí, porque de ahí te viene que tratando con las criaturas te ocupan el corazon, y este derramado no puede descansar en mí, ni estar sosegado en sí mismo. Pero si obligada de la caridad del prójimo ó de la obediencia te ocupas en alguna cosa exterior, y ves que por tu imperfeccion tu corazon se ocupa tambien en aquello, no te aflijas, que yo sabré remediar esta pérdida: pero si ves que no puedes recogerte ni levantar el corazon hácia mí, eso es se-

ñal de que el ocuparte en aquella obra exterior no nació de pura caridad, sino que en ello se mezcló algo de amor propio, aunque no lo hayas advertido, y por no haber sido tan remirada como debias, has sido causa de tu daño. Pero con todo esto vuélvete á mí que estoy dispuesto para recibirte. Anda suspirando siempre por mí, porque si me deseas me hallarás, y si te dejas por algun tiempo, lo hago por tu bien. Yo soy quien despierto en tí estos deseos, y así los oiré y satisfaré. El principal que tengas sea de poseerme, y amarme con caridad pura, perfectísima y fidelísima, y que todas las criaturas racionales me amen de esta manera pues soy digno de infinito amor.

CAPÍTULO XXXVI.

*De la transformación del
alma en Dios.*

Hija mia, si quieres poseerme enteramente, es menester que te dejes enteramente á tí misma, y que te resignes á padecer extrema pobreza, y estar privada de todo consuelo temporal para poder alcanzar el sumo bien. Anímate pues, y sufre de buena gana estar sin consuelo humano, sin amigos y sin que nadie te favorezca. Mira como un soldado deja sus amigos, su patria mujer hijos y descanso, y se pone á los trabajos y peligros de la guerra por alcanzar un poco de honor ó de hacienda, y hazlo tú así para poder poseerme á mí. También has de echar de tu memoria las imágenes, y representaciones

de las criaturas para pensar solamente en mí, y así ya sea que comas ó bebas, hables ó hagas cualquier cosa, has de tener siempre puestos los ojos en mí como en un espejo en que debes mirarte, y como un retrato perfectísimo de tu vida con quien has de procurar conformarte. Si comes, moja cada bocado en mis llagas: si bebes, mezcla la bebida con mi sangre: si hablas, considera que te estoy escuchando, y guárdate de hablar palabra que me pueda ofender: si callas, estáme escuchando á mí que te hablo en lo íntimo del corazon, y mira con atencion qué es lo que te pido y lo que quiero de tí. Si te pones á dormir, reclínate sobre mi corazon y pon tu boca en la Haga de mi costado chupando mi gracia con tu aliento, y derramando lo íntimo de tu corazon en mí con la respiracion.

Desea imitar mi profundísima humildad, mi mansedumbre y paciencia, mi purísima castidad, mi liberalísima piedad, y mi ardentísima caridad. Esté mi imagen siempre impresa en tu corazón, y echa fuera las imágenes de las cosas del mundo. No quiero que estés sin alguna imagen interior, ni que vuelas antes de tiempo, sino que te ocupes en la imagen de mi humanidad y pasión, hasta que yo te lleve adonde desnuda de toda imagen, y de todo ejercicio y discurso vengas á desfallecer con un silencio y reposo maravilloso. Entretanto tenme presente como quien penetro todo tu interior, y hazte cargo de esta presencia mia. Considera que estoy en todo lugar, y soy inmutable, eterno, inmenso, incomprehensible, y luz infinita; que soy todo amable, descable, perfecto, sin defecto alguno, todo bueno, en

quien no hay cosa que no sea digna de amarse, todo fidelísimo y misericordiosísimo, comunicativo de mí mismo en grande abundancia, que amo con suma constancia y fidelidad á los que me aman y confían en mí, consolador suavísimo, protector poderosísimo, remunerador riquísimo y liberalísimo, que lleno los deseos de las almas sobre todo cuanto se puede desear sin fastidiarlas jamás, satisfago todos los deseos, y satisfaciéndolos los avivo mas. Ocupe esta imagen todo tu entendimiento, para que con silencio y paz interior estés ocupada en mí, atendiendo siempre á conocer qué es lo que quiero que hagas ó padezcas, para que en todo te contentes con mi voluntad, y me sigas y sufras. Á tí misma te has de mirar como una cosa extraña, y que estás enteramente pendiente de mí. En

todo lo que haces considera con vigilancia qué es lo que te mueve, y procura que solo yo sea el fin de tus movimientos. Yo no sufro compañía en el amor, quiera descansar solo en tí, y por esto hasta que sea yo solo á quien buscas, no me hallarás perfectamente. Toma de las criaturas solo lo que te es necesario, y no ocupes en ninguna de ellas tu corazón, y déjate toda en mis manos, á mi voluntad y disposición. Búscame con longaninidad, y cuando me hubieres hallado, espérame de nuevo con entera fé y confianza apoyada en mi bondad y providencia, y si tardáre, aguarda, que yo vendré. Ofreceteme toda á fin que te pbsa libre, y desnuda de todo deseo propio y de todo amor de las criaturas, para que estés conmigo en aquella eternidad que no tiene sucesion.

Sea este tu deseo, aspira á esto, y mira como de léjos todas las cosas de este mundo, como si estuvieses fuera de él, y como cosas que las tienes dejadas. Piensa que sola tú estás conmigo y yo contigo, como si no hubiese otra criatura. Todo lo que conocieres fuera de mí, tenlo por nada, y así conservándote superior á todas las cosas, ninguna te podrá dañar.

EPÍLOGO Y CONCLUSION.

Te he dicho todas estas cosas como hija y esposa mia, paraque te sirvan como de regla para desnudarte del hombre viejo, y caminar con espíritu nuevo aspirando cada dia á mayor perfeccion: lee pues esto muchas veces, y siempre que hallares haber faltado en algo, renueva tu propósi-

to, y comienza de nuevo. Y aunque te he dado esto para que lo leas, quiero tambien que en tu corazon me estés escuchando á mí, paraque lo oigas allí de mí mismo. He querido darte en escrito estas inspiraciones, porque sé que muchas veces te deleitan las cartas y noticias de los amigos, las cuales distraen tu corazon, le inquietan ofuscan y dan desabrimiento, y así paraque dejando estas cosas no te falte para leer algo que sea mio, te he escrito esto, á fin que leyéndolo, dejes por mi amor todas las cosas que te apartan de mí, y esta inspiracion debe serte tanto mas agradable cuanto te la doy yo que soy tu esposo, mas digno de ser amado que ninguna otra cosa, y lo que aquí te digo, se dirige á hacerte espiritual y tal que me agrade. No va dicho con palabras hermosas con que

solamente se recreen los oídos, pero contiene la verdad con la que se apacienta el alma que me ama. Resulta pues que debes procurar estar siempre velando. Yo estoy llamando á la puerta, ábreme hermana y esposa mia. Dame tu corazón, y deséame solo á mí, pues yo te quiero á tí, y ya que no me puedes poseer perfectamente mientras poseas algo fuera de mí, ni puedes gustar de mí mientras te amas á tí misma. El tiempo de esta vida es breve, y lo que sigue despues de ella es eterno. Otra vez vuelvo á advertirte que veles, para que me puedas tener por esposo, y tú ser digna esposa mia. Amame á mí que soy tu Señor y Redentor, piensa en mí, atiende á tí, considérate á tí, está conmigo, persevera conmigo y vivé en mí felizmente. Seas salva.

FIN DE LA OBRA.

TABLA

De los capítulos que contiene
esta obra.

Coloquio interior de Cristo nuestro Redentor al alma devota.

CAP. I. Pag. 1.

CAP. II. *Regla de vivir
segun el espíritu.* 21.

CAP. III. *Como se ha de
morir á los deseos é
inclinaciones malas.* 25.

CAP. IV. *De la guarda
de la lengua.* 28.

CAP. V. *De la vida
apartada.* 30.

CAP. VI. *De no juzgar
á nadie.* 33.

CAP. VII. *De la pelea
contra los vicios.* 38.

CAP. VIII. *Que se ha de
huir la ocasion de la
tentacion.* 52.

CAP. IX. *Como se han de
vencer las tentaciones
espirituales.* 54.

- CAP. X.** *Del modo con que se ha de huir toda suerte de envidia.* 57.
- CAP. XI.** *Del modo de huir la singularidad.* 58.
- CAP. XII.** *De la devocion á la Madre del Hijo de Dios.* 59.
- CAP. XIII.** *de la devocion sensible.* 63.
- CAP. XIV.** *Del modo de acercarse á recibir el Santísimo Sacramento.* 66.
- CAP. XV.** *De la discrecion y prudencia en los egercicios.* 69.
- CAP. XVI.** *De la conformidad con Jesucristo.* 73.
- CAP. XVII.** *De la pobreza.* 75.
- CAP. XVIII.** *De la humildad.* 79.
- CAP. XIX.** *Como se ha de alcanzar la humildad.* 80.
- CAP. XX.** *Que no se debe hacer caso de los juicios de los hombres.* 89.
- CAP. XXI.** *De la obediencia.* 94.
- CAP. XXII.** *De la mortificacion de la propia*

voluntad.	100.
CAP. XXIII. De la consideracion de la divina providencia.	107.
CAP. XXIV. Del sufrimiento y paciencia en las adversidades.	110.
CAP. XXV. De la falta de consolacion.	116.
CAP. XXVI. De la paz interior y mansedumbre del corazon.	118.
CAP. XXVII. Del amor al prójimo.	120.
CAP. XXVIII. De la pureza de corazon.	124.
CAP. XXIX. Como se han de referir puramente à Dios todas las cosas buenas.	127.
CAP. XXX. Que se ha de tener cuenta con las inspiraciones del Señor, y no menospreciarse su gracia.	131.
CAP. XXXI. Sobre el comunicar los dones de Dios.	136.

CAP. XXXII. <i>De la pobreza de espíritu.</i>	139.
CAP. XXXIII. <i>Del amor de Dios.</i>	141.
CAP. XXXIV. <i>De las divinas alabanzas.</i>	150.
CAP. XXXV. <i>Del ejercicio del amor, y alabanzas divinas.</i>	156.
CAP. XXXVI. <i>De la transformacion del alma en Dios.</i>	160.
<i>Epílogo y Conclusion.</i>	165.

Fin de la Tabla.

ERRATAS.

En la pag. 52 lin. 20 léese, no seas; y léase, no te seas. En la pag. 55 lin. 8 quieras, quieres. Pag. 58 lin. 6 ò oir, ú oir. Pag. 65 lin. 7 alguno, alguna. Pag. 79 lin. 21 tcnierendote, teniéndote. Pag 86 lin. 11 injurias. injuria. Pag. 126 lin. 3 cualquier, qualquier.



BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001930365

BIBLIOTECA CENTRAL

A-24-8^o
- 568-

190
INSTITUT

D'ESTUDIS CATALANS

BIBLIOTECA DE CATALUNYA

